This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIAE VERITAS
1817

BIBLIOTECA NACIONAL ECONÓMICA.

ROMANCERO

COLECCION DE ROMANCES ESCOGIDOS

TOMO SEGUNDO.

MADRID:
IMP. DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ECONÓMICA,
Misericordia, 2, bajo.

1875

v.2

Prof. 2
13528-291

ROMANCES MORISCOS.

I

ROMANCES DE TARFE.

I

Abrasado en viva llama,
Bravo, feroz y rebelde,
Porque está hecha de hielo
La que tanto fuego enciende,
Sentado está el moro Tarfe,
Y no en el pecho que quiere,
Frontero de los palacios
De Célia, por quien padece.
Vióla estar á la ventana
Con hermosa y grata frente;
Pero los esquivos ojos
Daban muestras de crueles,
Mostrando el bravo rigor
Que con él tuviera siempre,
Haciendo su duro pecho

Con sus rayos trasparente;
Y muestra el moro en la cara
Mil colores diferentes,
Que, en ver el extremo de ellas,
Unas van y otras se vuelven;
Y sudando de coraje
Se limpia el rostro mil veces
Con un velo que le dió
La hija del moro Hamete;
Y porque Célia en miralle
Algun tanto se suspende,
De mudanza temeroso
Dice que arderse parece:
—La más sublime merced,
Cruel, que puedes hacerme,
Es que de veras me avises
Si me quieres ó aborreces,
Porque le pague á Adarifa
Lo mucho que tú me debes:
Que me adora, y no la estimo,
Y tú de verme te ofendes.—
Y celoso de traicion
De los que envidia le tienen,
Con mil amorosas ánsias
Dice apretando el bonete:
—¡Miente el traidor homicida
Que con Alia me revuelve,
Y, si fuere más que uno,
Todos cuantos fueren mienten!
Cegríes ó Bencerrajes
Salgan, aunque sean veinte,

Sarracenos ó Aliatares,
Aderifes ó Gomeles,
Que yo soy el moro Tarfe,
Espejo de los valientes,
Que á la córte soy venido
A pasear con los reyes,
Como paseó mi padre
En los palacios de Gelves;
Y por mí dejan sus aguas
Las bellas ninfas del Bétis,
Y ellas harán que mi nombre
En la córte se celebre;
Y sepan quién es el Tarfe,
Y de qué sangre desciende;
Y que me hagan la salva
Los demás de alta progénie,
Y que en sólo oir mi nombre
Los más arrogantes tiemblen.
¡Mienten otra vez, les digo,
Los que al contrario dijeren!
Salga gente de Granada,
Suelten plumas y alquiceles,
Suelten las bandas moradas
Y las de esperanzas verdes,
Sus usurpadas divisas
De damas que no merecen;
Pongan cascos acerados
Y yelmos de finos temples,
Sabrán si cumple mi lanza
Lo que mi lengua promete:
Que por Célia he de morir;

Pero ántes de mi muerte
Quedará el suelo teñido
De sangre de estos aleves.

II

En dos yeguas muy ligeras,
De blanco color de cisne,
Se pasean en Granada
Tarfe y el rey de Belchite,
Iguales en las colores,
Porque iguales damas sirven:
Que el Tarfe sirve á su Célia
Y el Rey sirve á Doralice.
Con bandas verdes y azules
Los gallardos cuerpos ciñen,
Cubiertas de naranjado,
Que el verde no se divise;
Marlotas y capellares
Moradas y carmesíes,
Bordadas de plata y oro,
Y esmeraldas y rubíes;
Los almaizares leonados,
Color congojosa y triste;
Plumas negras y amarillas,
Porque sus penas publiquen.
En las letras y divisas
Algun tanto se distinguen,
Que lleva el Rey en la adarga,
Hecha de varios matices,

Una dama muy hermosa,
Y un gallardo rey humilde
Con la corona á sus piés,
Sufriendo que se la pisen,
Y un corazon abrasado
Con una cifra que dice:
«De hielo nace mi llama,
»Y el hielo en mi fuego vive».
La dama lleva en la mano
Y encima su frente insigne
Dorado cetro y corona,
Porque se entienda que rige;
Y en la mano izquierda un mundo,
Porque le manda y oprime,
Y la Fortuna, humillada,
Que el paso á su rueda impide.
No lleva el Tarfe divisas,
Porque no se escandalice
Adalifa, que de Célia
Celos al moro le pide.
Sólo lleva por empresa
Un verde ramo apacible
Y un retrato, cuyos ojos
Vivas centellas despiden,
Y en todo el ramo esta letra,
Que en arábigo prosigue:
«Aunque tus rayos me abrasen
»Fia que no me marchiten».
Y arrancando muy veloces,
Porque sus damas los miren,
Acabando la carrera

El Rey dijo á Doralice:
—Aunque las diosas sagradas
Tu hermosura te envidien,
¿Por qué con tu gloria y cielo
Pena y infierno permites?
Díme, pues, ¿qué más deseas?
¿Qué más al cielo le pides
Que tener á un Rey sujeto,
Si de reyes sucediste?
Ya no te pido favores,
Ni que me adores ni estimes,
Sino que uno sólo escojas
De los muchos que te sirven,
Porque veo que á cualquiera
En tu servicio le admites,
Así al de bajo linaje
Como á el de alto y sublime;
Y en los saraos y zambras
De ordinario te persiguen
Los Audallas y Aliatares,
Azarques y Almoradíes,
Cegríes y Bencerrajes,
Sarracenos y Adalifes,
Y con cara alegre y grata
A ninguno nos despides:
Que á todos matas de amor
Con un falso amor que finges.
Quitas la vida y el alma,
Y tú con mil almas vives.
Si no quieres enmendarte,
Me desengañes y avises,

Que damas hay en la córte
Que desean de servirme;
Y la hermosa Bindarrafa
Desde Antequera me escribe
Con cien mil celosas quejas,
Diciendo: «¿Cómo es posible
»Que mis letras y mis cartas
»Dentro en tu alma no imprimes,
»Pues que tú, impreso en la mia,
»Aunque estás ausente, vives?»—
Y con esto cesó el Rey,
Y el Tarfe á Célia le dice:
—Célia y cielo te llamaba;
Mas ya, encantadora Circe,
Porque tu sereno cielo
De oscuras nubes cubriste,
Y en los soles de tu cara
Tu crueldad hace eclipse,
Y al que ántes del sol vestias
De oscuras tinieblas vistes,
Y ántes que la santa fiesta
Del Bautista solemnice,
¡Por Alá, que he de sacarte
De la patria dónde vives!
Y esto no será en tu mano,
De que yo me determine,
Pues sabes que el mundo es poco
Para poder resistirme,
Pues he despoblado á Francia
De valientes paladines,
Y tengo en toda Vandalia

Teñidos los arracifes
De los de la cruz de grana
Y los de flores de lises,
Y he de teñir en Granada
Alhambras y Zacatines,
Aunque no suele mi alfanje
En tan vil sangre teñirse.—
Y en esto oyeron tocar
A rebato los clarines,
Y más ligeros que el viento
Se parten sin despedirse.

III

A un balcon de un chapitel,
El más alto de su torre,
Alto extremo de hermosura
Y alteza de los amores,
Estaban dos damas moras,
En suma beldad conformes:
Suma, que es suma en quien suma
Mil sumas de corazones.
La una se llama Célia,
Y otra Jarifa es su nombre:
Jarifa, que agudas flechas
Y jaras tira á los hombres.
Salian Tarfe y Gazul
Por delante sus balcones,
Delante las que adelante
Se adelantan á sus dioses,

Y las moras, desde arriba,
Tiran piedras por favores:
Piedras que empiedran el alma
Y las piedras blandas ponen;
Y tiran juntos con ellas
Claros rayos de sus soles:
Claros, que, al más claro sol,
Clara ventaja conocen.
Los moros alzan los ojos
Viendo las llamas feroces:
Llamas que en llamas abrasa
Y llama á quien no conoce;
Y la clarífica luz
La clara vista quitóles:
Vista, que, mil veces vista,
Hace que á revista tornen.
Juzgan los moros por gloria
El perder la luz entónces
En la luz que á la luz priva,
Y sin luz da luces dobles.
Y tienen puestos los moros
Velos de varias colores:
Varios que á varias amantes
Dan varias muertes enormes.
Bájanse del chapitel
Y en el corredor se ponen,
Corredor que corre almas
Y alcanza las que más corren,
Y mirándolas de cerca
Dan más vivos resplandores:
Vivos, que dan á los vivos

Vivas muertes y pasiones;
Y á los moros les hicieron
Que la luz perdida cobren,
Perdida, más bien ganada;
Ganada, pues bien perdióse.
Y alegres y satisfechos
Ligeros la plaza corren:
Plaza que á tantos aplaza,
Y emplaza en pleitos de amores.

IV

—Mora Zaida, hija de Zaide,
No quiero que más te burles
Con burlas que tanto aumentan
Las penas que mi alma sufre.
No quieras cubrir el cielo,
Que siempre en mirarte tuve,
Para descubrir los males
Que tu favores me cubren.
Si te pido la palabra
Que me dices, no te excuses
Con cautelosas razones;
Dí que no quieres, concluye.
No muestres tanto desprecio,
Ni te altives, ni te encumbres,
Pues de gravedades locas
Cualquiera que ama huye.
Porque mil moros te quieran
No te pongas en las nubes,

Que los discursos más llanos
Usan ya los más ilustres:
Que ya no hay moros Cegríes,
Ni otros semejantes busques,
Que hagan cueva por desdenes
A sombra de un acebuche.
El tiempo con que te burlas
A tí propia te destruye:
Que el pasársete tus años
Entre los moros se ruge.
Cásate, Zaida, si quieres,
Porque es cosa que te cumple;
No aguardes que los que juzgan
Tantas verdades desnuden.
Y si quieres aguardar
Que el tiempo este caso cure,
Mira tú cuán sin piedad
Todas las cosas consume.
Dáme el premio que merecen
Mis presentes pesadumbres,
Y, al hacer salva, á la sorda
Suenen tiros y arcabuces,
Y en el campo de mi fé
Pon luz con tu clara lumbre
Para que oigan con mi triunfo
Chirimías sacabuches.—
Esto dijo el moro Tarfe
Con los acentos más dulces,
Como aquel que en sólo amar
Es flor de los andaluces.

V

—Católicos caballeros,
Los que estais sobre Granada,
Y encima del lado izquierdo
Os poneis la cruz de grana:
Si en los juveniles pechos
Os toca de amor la brasa,
Como del airado Marte
La fiereza de las armas;
Si por las soberbias torres
Sabeis volar una caña,
Como soleis en la vega
Furiosos volar las lanzas;
Si como en ella las veras
Os place el burlar de plaza,
Y os cubrís de blanda seda
Como de ásperas corazas,
Seis sarracenas cuadrillas,
Con otras tantas cristianas,
El dia que os diere gusto
Podremos jugar las cañas:
Que no es justo que la guerra,
Aunque nos quemais las casas,
Llegue á quemar los deseos
De nuestras hermosas damas,
Pues por vosotros están
Con nosotros enojadas
Por vuestro cerco prolijo

Y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas
Dadlas á nuestras desgracias:
Que es grande alivio del cuerpo,
Y regalo para el alma,
Arrimar la adarga y cota
Y echarse plumas y banda;
Y al que mejor lo hiciere
Doy desde aquí mi palabra,
En señal de su valor,
Para que viva su fama,
De atar á su diestro brazo
Una empresa de mi dama,
Dada de su blanca mano,
Que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel
Y lo fijó en una adarga
El valiente moro Tarfe,
Gran servidor de Daraja,
En las treguas que el Maestre
De la antigua Calatrava
Hizo por mudar de sitio
Y mejorarse de estancia;
Y con seis moros mancebos,
De su propia sangre y casa,
Y algunos Abencerrajes,
Se le envió á la campaña.
Recíbenlos en las tiendas,
Y, sabida su demanda,

Dando el Maestre licencia
Se aceptó para la Páscua;
Y respondiendo al cartel
Con razones cortesanas
Hasta salir del rëal
A los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
Y los que del juego tratan
Cierran la puerta al acero
Y ábrenla al damasco y galas.
Moros y moras se ocupan,
Miéntras el plazo se pasa,
Ellos en correr caballos
Y ellas en bordarles mangas.
Y los dos competidores
De la pendencia pasada
Hacen paces entre sí
Y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galan,
Que Tarfe se le aventaja,
Y que es señor de la mora
Que es señora de su alma,
Porque en público ó secreto
Cien mil favores le daba,
Dando á entender que le quiere
Más que á su vida y su alma,
Una noche muy oscura,
Para el caso aparejada,
Se salió el gallardo moro
Al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,

Vió una mora á la ventana,
A quien con joyas tenia
De muy atrás granjeada.
Hablóla, y dijo:—Señora:
¿Es posible que Daraja,
Aunque no me canse yo,
De maltratarme no cansa?
Aquellos ojos, que tienen,
Más que el cielo estrellas, almas,
Cuya luz mata más moros
Que el Maestre con su espada,
¿Cuando los volverá mansos?
O ¿cuándo volverá mansa,
Dejando á Tarfe, que tiene
Ménos manos que palabras?
Que no soy yo, como él,
Tan cumplido de arrogancias,
Pues lo que él gasta en decirlas
Gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
Que por mi brazo y mi lanza
Ha sido mil veces libre
De la potencia cristiana.—
Esto Almoradí decia,
Cuando Tarfe, que llegaba,
Dió el oido á las razones
Y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
Alguna cristiana escuadra,
Y dejando la marlota
Volvió al moro las espaldas.

Salió Daraja al rüido,
Conoció á Tarfe en el habla,
El cual le dió la marlota,
Que era azul con oro y plata.

ANÓNIMO.

II

ROMANCES DE LOS AMORES DE MUZA.

I

De celos del rey, su hermano,
El alma tiene abrasada
El valiente moro Muza,
Honra y gloria de Granada,
Diciendo:—Rey, ¿por qué quieres
Tiranizar á mi dama,
Pues que yo tambien soy rey
A dónde reina mi alma?
Dála en pago á mis servicios,
Pues es justa la demanda,
Y déjame gozar de ella,
Así goces de la Alhambra;
Que, si aquesto me concedes,
No se verá contrastada
De poder de los cristianos
Miéntras quisiere mi lanza;

Y á más te prometo, Rey,
Con aquesta, otra hazaña,
Que es traerte cada dia
Doce cabezas cristianas.
Y si me das á mi gloria,
Como la razon demanda,
Te traeré por tu cautivo
Al de la cruz colorada.
Gocemos vida quïeta,
Pues que podemos gozalla,
Tú con aquestas victorias,
Yo con ellas y con Zara.—

II

Desterró al moro Muza
El rey Chico de Granada
Por tenerle envidia á él
Y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo,
Armado de todas armas,
Parte á cumplir el destierro
Por do su dama moraba.
Al rüido del caballo
Asomóse á la ventana,
Y el moro, por despedida,
Con mil suspiros la habla:
—No temo la partida,
Ni la gran sinrazon que el Rey me ha hecho,
Ni temo corta vida,

Que el mundo es muy estrecho
Para mí que te tengo á tí en mi pecho.
Mas el mal de la ausencia
Hará el efecto en tí que en otras suele;
Fáltame la paciencia,
Y esto es lo que me duele,
Y no poder hallar quien me consuele.
Y, para consolarme,
Suplícote tu intento me declares
De vivir ó matarme,
Pues cuanto te acordares
Tendré de vida, y muerte si olvidares.—
Respondió la mora airada:
—Por Mahoma y por su ley
Que holgara me oyera el Rey
Que por tí lo es de Granada;
Mas en tu valor confio
Que creerás bien de mí:
Que te quiero más á tí
Que al Rey, que por fuerza es mio.
Pierde, señor, los estribos
De tanta desconfianza,
Que si tus brazos son vivos
Me cobrarás por la lanza.
Si el Rey buscare ocasion
Gozará, por su maldad,
El alma sin libertad
Y el cuerpo sin corazon.—

III

¡Afuera, afuera, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas!
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata;
Yeguas de color de cisne,
Con las colas alheñadas,
Y de listones y cifras
Travesadas las adargas.
Atraviesan cual el viento
La plaza de Vivarrambla,
Dejando en cada balcon
Mil damas amarteladas.
Aquí corren, allí gritan,
Aquí vuelven, allí paran,
Acullá los vereis todos
Prevenirse de las cañas.
La trompeta los convida,
Ya les incita la caja,
Ya los clarines comienzan
A concertar la batalla;
Ya pasan los Beacerrajes,
Ya las adargas reparan,
Ya revuelven, ya acometen
Los Cegríes contra Mazas.

El juego se va encendiendo,
De veras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.
El rey Chico, que conoce
La ciudad alborotada,
En una yegua ligera,
De cabos negros y baya,
Gritando con un baston
Por ver la fiesta acabada,
Va diciendo: «¡Afuera, afuera!
Con rigor: «¡Aparta, aparta!»
Las damas hacen lo mismo
Desocupando ventanas,
Porque la misma pendencia
Riñen ellas en sus almas.
Muza, que conoce al Rey,
Por el Zacatin se escapa,
Y la demás de su gente
Le sigue por el Alhambra.
Mandólos el Rey prender,
Y en Generalife aguarda
Particularmente á Muza
Por gozar de su esperanza;
Mas dentro de tercer dia
De las prisiones los saca,
Resultando del enojo
Una muy hermosa zambra.

IV

Con más de treinta en cuadrilla,
Hidalgos Abencerrajes,
Sale el valeroso Muza
A Vivarrambla una tarde,
Por mandato de su rey,
A jugar cañas, y sale
De blanco, azul y pajizo
Con encarnados plumajes,
Y para que se conozcan
En cada adarga un plumaje,
Acostumbrada divisa
De moros Abencerrajes,
Con un letrero que dice:
«Abencerrajes, levanten
»Hoy sus plumas hasta el cielo,
»Pues dellas visten las aves.»
Y en otra cuadrilla vienen,
Atravesando una calle,
Los valerosos Cegríes,
Con libreas muy galanes,
Todos de morado y verde,
Marlotas y capellares,
Con mil jaqueles gualdados,
De plata los azicates;
Sobre yeguas bayas todos,
Hermosas, ricas, pujantes;
Por divisa en las adargas

Unos sangrientos alfanjes,
Con una letra que dice:
«No quiere Alá se levanten,
»Sino que caigan en tierra
»Con el acero pujante».
Apercíbense de cañas:
El juego va muy pujante;
Mas por industria del Rey
No se revuelven ni hacen,
Porque traen los Cegríes
Contra los Abencerrajes
Un concierto de villanos,
Y así incierto les sale.

V

Admirada está la gente
En la plaza Vivarrambla
De verle tirar á Muza
En una fiesta una caña.
Entró bizarro y gallardo,
Más que Audalla el de las galas,
Más fuerte que Reduan
Sufre al contrario en batallas,
Con librea berberisca
Turquesada y pespuntada,
Sembrada de piedras verdes,
Que señalan su esperanza,
Aunque le matan los celos,
Que todo el cuerpo le abrasan:

Cuya causa es Bajamed,
Tesorero de su alma.
Trae el brazo arremangado
Con una toca leonada:
Triste y trabajosa seña
De su perdida esperanza.
Trae una adarga pequeña,
Con una banda encarnada,
Pintado allí el dios Cupido
Con una flecha dorada;
Bonete con muchas plumas
De color amortiguada,
Una cifra le rodea
Que dió á Albenzaide la ingrata;
Una cadena de oro,
Muy estrecha, al cuello atada,
Con esta letra en el pecho:
«Preso tiene cuerpo y alma».
Cuando le vieron entrar
La gente suspensa estaba
Diciendo:—Ya entra Muza,
Flor y honra de Granada:
Lleva una caña en la mano,
Blanca más que nieve blanca,
Porque la piensa teñir
Antes que del juego salg».—
Comenzó la escaramuza,
Unos con otros se traban;
Ya se vuelven y revuelven,
Cási parece batalla.
Muza revuelve con ira

Contra quien su amor le asalta:
Hízole una mala herida
Con una delgada caña.
Rompióle adarga y librea,
Tiñendo el caballo y plaza
Con la sangre, que, á porfía,
Sale afligiendo á Daraja.
Ella comenzó á dar gritos
Desde su alta ventana,
Diciendo:—¡Moros, libradle
«De aquesta tigre de Hicarnia!—
Luégo se deshace el juego,
Acuden á ver qué pasa:
Ven al Bencerraje herido
Y que Muza ufano anda.

VI

—Mira, Muza, que te aviso
Que con Zaida no me trates,
Ni en las zambras ni en las fiestas
No la hables ni acompañes,
Ni en las justas ni torneos,
Ni en cañas, ni en fiestas tales,
No salgas con su librea,
Que es librea de un infame.
¡Que un moro de pocas prendas
Venga á decir, y se alabe,
Que estuvo á solas conmigo
En los jardines de Tarfe!

¡Oh, perro, si te lo oyera!
¡Por Alá, si te topase,
Que con estos pocos dientes
A bocados te acabase!
¿Es posible, dí, traidor,
Traidor y de baja madre,
Que en un pecho hidalgo y noble
Cupiesen palabras tales?
¡Porque juro por Alá,
Así goce yo á mi padre,
Perro, que rabiando estés
Entre fieros animales;
Y que el cielo todo junto
Sobre mí caiga y me abrase;
Y que viva en pena eterna,
Sin remedio de mi padre;
Y que el moro por quien muero
No me quiera ni me ame,
Ni á las fiestas dónde fuere
Mi cifra no le acompañe,
Si ántes que pasen tres dias
No le cuento yo á mi Azarque
La injuria que me has hecho,
Porque no te dí una tarde
Una cinta que tenia
Labrada para mi Azarque
Para salir al torneo
El miércoles por la tarde!
Pero ya entenderás, perro,
Que la hice para Azarque,
Moro valiente y brioso

Más que otro Abencerraje;
Y que, si acaso la viera
Puesta en cuerpo tan infame,
¡Por Alá que te abrasara
De cólera y de coraje!
Pero agora pagarás
Tu atrevimiento, que usaste
En decir palabras feas
Con tu boca tan infame.—
Y con aquesta congoja,
Se entrara á ver su padre,
Que estaba enfermo en la cama
De una enfermedad muy grave.

VII

La calle de los Gomeles
Deja atrás y el alameda,
Y en una yegua alheñada
Furioso cruza la vega.
Y en llegando á un claro arroyo
Vuelve airado la cabeza,
Y á la inexpugnable Alhambra
Dice Muza con soberbia:
—¡Levantadas fuertes torres,
Que al cielo con vuestra alteza
La tierra comunicais
Y espantais acá en la tierra;
Vanos muros y mezquitas,
Famosas torres Bermejas,

Relumbrador chapitel,
Dónde el sol se pára y llega,
No penseis que en ese estado
En que os veis, y esa grandeza,
Mucho os dejará durar
El cielo con su inclemencia:
Que su rigor os pondrá
En tan miserable vuelta,
Que aun apénas las señales
De lo que fuisteis se vean!
Pero quédaos un consuelo,
Que, á mí triste, no me queda:
Que es el verme á mí caido
De otra más sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
Sino sola la dureza
De un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
¡Daraja, dura é ingrata,
Más inexorable y fiera
Que los levantados riscos
De las más nevadas sierras:
Goza de tu Abencerraje,
Goce él de tí, norabuena,
Que poco le durará
Si otro Muza se atraviesa!
Mas hágale Alá dichoso,
Y á mí tanto en esta empresa,
Que, cuando le hayas dejado,
A verte mis ojos vuelvan,
No para quererte más,

Sino para que tú mesma
Me des venganza de tí,
Si de tí das recompensa.
Basta lo que te he querido,
Que, pues, no quieres te quiera,
A este arroyo doy que lleve
Tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de tí,
Palabras te suelto y prendas,
Y aun mi ley voy á dejar
Porque tú vives en ella.—

VIII

Gallardo en armas y trajes,
Sin amores y con galas,
Que es mucho para soldado
Cuidar tan poco de damas,
Cansado de aborrecer
Sale Muza de la Alhambra
Por defenderse de amor
Y defender á Granada:
Que teme más un enfado
Que amor muchas veces causa,
Que el rigor inexorable
De mil espadas y lanzas.
El capellar lleva blanco,
Doradas todas las franjas,
Y esta letra de oro en ellas:
«Desespero en la venganza».

Unas granadas partidas
En marlota azul y blanca,
Y esta letra: «En gracia estoy
»Cuando parto de Granada».
Lleva un alma y una muerte
Divididas en la adarga,
Y este epíteto siguiente:
«A desviarte del alma».
Era el caballo morcillo,
Con aderezos de plata;
De verde claro el jaez,
Bordado de seda baya,
Y de morado esta letra:
«Esperanza de amor vana
»Huye de mí, pues no admito
»De amor ninguna esperanza».
El borceguí lleva azul
Porque así los celos trata;
Trae un bonete bordado
Con una pluma dorada,
Y por volante esta letra:
«Las amorosas palabras
»Son más que ligeras plumas,
»Y más que plumas livianas».
Pasó por junto á un balcon,
Dónde con celos le aguardan,
Sin esperanza ninguna,
La bella Jarifa y Zara.
Descuidado Muza dellos,
Y de sus cuidados y ánsias,
Fué á pasar; más no pasó,

Que el paso las dos le atajan:
Que estaban ardiendo en fuego,
Vertiendo sus ojos agua.
Juntas le piden les dé
Lo que les robó apartadas:
Jarifa el alma le pide,
Lo mismo le pide Zara,
Y él les responde admirado:
—¿Dónde tengo tantas almas?
Si una que tengo pedís,
¿Cómo á las dos podré dalla?
¿El alma puede partirse?
No, que no se parte el alma.
Dejadme, y dejadla á ella,
Que temo que, quien sin causa
Dejó ayer á Abindarraez,
Dejará á Muza mañana.—
Con esto se fué, y las moras
Llamando en vano se cansan:
Que oye el que no quiere oir
Ménos miéntras más le llaman.
Quedaron..... pero mal digo,
Que no queda quien bien ama,
Pues que va tras quien pretende
Deseo, memoria y alma.

IX

Sobre el acerado hierro
Que Muza lleva en la lanza,

De esmalte color de fuego
Pintadas lleva unas llamas,
Sobrepuesto un corazon
Abierto, que el hierro pasa,
Y por remate de arriba
Aquesta letra que habla:
«Hierro soy, y soy la causa,
»Que á mí ser hierro me basta».
Llevaba la banderilla
De las colores del alma,
Que son verde y amarillo,
Y en medio una letra blanca;
Dos medias de entrambos lados
Que las colores enlazan,
Y abajo esta letra puesta
En lugar de fleco ó franja:
«Desesperada esperanza,
»Si cual luna haces mudanza».
Lleva un bonete, tegido
De plumas verdes y blancas,
Ceñido sobre la frente
Con una banda encarnada,
Colgando al aire dos cabos
Sin rapacejos ni galas,
Y por penacho esta letra
Sobre una garzota larga:
«Tanto temo lo que es nada,
»Que lo que es algo me basta».
Viste un capellar azul
Y una marlota leonada.
Sobre un caballo morcillo,

Embraza una negra adarga,
Pintada en ella un Cupido,
Que quiebra, quema y abrasa
Dos coronas, y esta letra,
Que bien la enigma declara:
«Sus propias fuerzas quebranta
»La voluntad del que ama».
No sale el moro arrogante,
Ni es la enigma de arrogancia,
Que agravio de tanta envidia
Así le esfuerzan que salga;
Y porque en tal ocasion
No le vale fuerza de armas,
Lleva en la espada esta letra
Escrita sobre la vaina:
«El agravio que me agravia
»Es el no ser yo agraviada».
Porque al fin es sólo el Rey
Quien de tanto bien aparta
A un moro, que fama y hechos
Conoce el mundo y alaba.
Desterrada su persona
De la ciudad de Granada,
Parte á cumplir su destierro
Hablando aquestas palabras:
—No va el alma desterrada,
Pues queda presa en Daraja.—

X

Las riberas del Genil
El fuerte Muza pasea,
Tan desdichado en amores
Como dichoso en la guerra.
Hay una mora en Granada,
Tan hermosa y tan discreta,
Que para su pecho ha sido
Lo que para Troya Elena.
De ésta se sale quejando,
Y por señal de tristeza
Alquicel morado viste
Sobre una marlota negra.
Sola una pluma amarilla,
Desesperada firmeza,
El rojo bonete adorna
Y con sus brazos enreda.
Amaba Zaida un morillo
De los Gomeles de Tebas,
Más galan para las damas
Que fuerte para la guerra,
Y por estas novedades
El antiguo amor desprecia
Del pagano más gallardo
Que empuñó lanza gineta.
Dióle el moro la palabra
De jamás hablarla ó verla,
Porque sabe que con Muza

No puede hacer competencia,
Y porque moros hidalgos
Puestos de por medio quedan
Para excusar desafios
Y que se turben las fiestas;
Porque la flor de Granada
Toros corre y cañas juega
A instancia del Rey, que vino
Victorioso de Antequera.
Pero Zaida, más mudable,
Cuando parece serena,
Que el mar que el viento combate,
Al Abencerraje inquieta.
Ella le busca y le mira
En el palacio y la vega,
Dando á Granada ocasion
Que la mormure y la ofenda;
Y aunque los ojos de Muza
Tiernamente la contemplan,
Que es mujer y apasionada,
Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas:
De algunos respetos libre
De ser rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la deja:
Que celos, averiguado
Cuanto amor enciende, hielan.
—¡Oh, fiera, viene diciendo,
Más que las silvestres fieras:

Que ellas aman quien les ama,
Tú adoras quien te desdeña!
¡A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias:
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca!
No tienes de piedra el alma,
Que, por más piedra que fueras,
Mis lágrimas te ablandaran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
Que á los más discretos ciegan:
Que quien no sabe qué es bien
Poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias
Son las prendas que me quedan
Por echar de los sentidos,
A dónde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan:
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva;
Pero el tiempo, que las cosas
Acaba, consume y trueca,
Podrá ser que á tu mudanza
Y á mi firmeza se atreva:
No porque espero, enemiga,
Que á la fé pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro
Es bien que en mi pecho muera,
Más porque, estando yo libre,

Aficionada te veas
Dónde me enfaden tus glorias
Y me burle de tus penas.—
Con tan tristes quejas Muza
Dió de los piés á la yegua,
Y del falso rio Genil
Desamparó las riberas.

XI

De unas cañas que jugaron
En la plaza Vivarrambla
Muy enojadas salieron
Cuatro damas cortesanas,
Porque sacó el Bencerraje
Bajamed, con arrogancia,
En lengua arábiga escrita
Esta letra en el adarga:
«Seguro voy de alcanzar
»Vitoria en cualquier batalla,
»Pues me admite en su servicio
»La que todo lo avasalla».
Celinda se sintió de esto
Y Sarracina bramaba;
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque calla.
—¿Dónde se sufre, decian,
Que tal se diga en la plaza,
Sabiendo que entre nosotras
Sobra la hermosura y gala?—

Cuando todo aquesto supo
Del Bencerraje la dama,
Determina de las cuatro
Tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
Cómo del amor triunfaba,
Y que no hay moro galan
Que no la sirva en Granada.
Y así á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja,
Las convidó al Jaraguí
A una merienda Daraja,
A la cual las cuatro fueron,
Seguras de la celada,
Vestidas las dos de verde,
Las dos de color leonada.
Salió Daraja de azul,
Con bordaduras de plata,
Colores del Bencerraje
A quien tiene dada el alma;
Al brazo derecho trae
Una verde banda atada,
Que Jarifa dió á Hamete
En el sarao de la Alhambra;
Al cuello cadena de oro,
De que cuelga una medalla,
Retrato de Sarracina,
Y prenda de Muza cara;
Un anillo de un rubí
Su mano blanca adornaba,
Que Azarque le dió á Celinda

En trueco de una esmeralda;
Un plumaje en la cabeza
Trae de tres garzotas blancas,
Que Celindaja le envió
Para que jugase cañas.
Las damas, cuando la vieron,
Se miran, pero no hablan,
Porque allí ve cada una
De su soberbia la paga.
Daraja, muy al desgaire,
Se muestra disimulada,
Y al descuido comenzó
A tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
Que celos quitan la gana,
Y dieron la vuelta tristes
De ver su fé mal lograda;
Pero la dama quedó
De su afrenta bien vengada,
Y ninguna mora quiso
Con ella jamás baraja.

XII

Hacen señal las trompetas,
El clarin, pífaro y caja:
El fuerte y valiente Muza
Suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
No hay quien le mire á la cara:

Sobre la ceja el bonete,
Remolinada la barba;
Amarilla es la librea,
Albornoz, marlota y manga:
Que viste quien desespera
Color de desesperanza.
Lleva adarga berberisca,
Pesada y nerviosa lanza,
Y una toca atada al brazo
Y al cuello una cimitarra.
Va en un furioso caballo,
Con unas cervunas manchas,
Que al son de los instrumentos
El pié y la mano levanta.
Hálo puesto Audalla en campo
Por los amores de Zara,
Que en la presencia del Rey
Puso el gaje y la palabra.
Era Muza entre los moros
El moro de mayor fama,
Y Audalla, entre los galanes,
El galan de mayor gala.
Procuró el Rey concertarlos;
Mas, como en amor no hay trazas,
Fué el concierto entre los dos
Confusion desconcertada,
Y, así, con gallarda muestra
Se presenta el moro Audalla,
Tan galan como discreto,
En una yegua alazana.
Viste marlota de tela

Blanca, de rosas bordada;
Rosado es el albornoz,
Y allí las rosas son blancas;
Un derrocado bonete,
Con cinco plumas rizadas:
Una blanca y dos azules,
Una roja y otra gualda;
Lleva la red de Vulcano
Por divisa en la medalla,
Y acude la letra, y dice:
«La de amor más fuerte enlaza».
Partiéronles los jüeces
El sol, la plaza y las armas,
Dejando sólo á fortuna
Que dé al vencedor la palma,
Y en un tiempo Audalla y Muza
La escaramuza trabaran;
Pero desigualan luégo
Con la desigual batalla:
Que tirando Muza un golpe
Audalla pierde la adarga,
Tocóle de paso el hierro
Y en medio en medio del alma.
Revolvió Muza con otro,
Y Audalla rindió las armas
Para no rendir la vida,
Que la guarda para damas.

XIII

Acompañado, aunque sólo
De pensamientos y agravios,
Sale de Granada Muza
Desmentido y desterrado,
Desdeñado de Daraja,
De sus amigos dejado,
De Bajamed desmentido,
Desterrado de un hermano:
Agravio, deshonra y celos,
Tres fieras suertes de agravios
Para sus tres condiciones,
Galan, valiente y hidalgo.
Por la orilla del Genil
Bate el furioso caballo,
Que el acicate morisco
Baña en sangre y todo el campo.
Como parte tan furioso
Parece que van temblando
Las ondas del manso rio,
Que reconocen su brazo
Desde que con el maestre
De la cruz de Santiago
Azotó sus blancas ondas
De sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco
Del freno, de espuma blanco,
Y detuvo el de su ira,

Más rebelde que el caballo;
Y, vuelto el rostro á Granada,
Dijo, sus torres mirando:
—¡Granada, dónde nací,
De á dónde me ha desterrado
La envidia, que á muchos buenos
No deja, por muchos malos,
Que mueran á dónde nacen,
Sino por reinos extraños!
¡Esta me fuerza á dejarte.
Cercada de los cristianos,
De á dónde espero que pronto
Serán tus hijos esclavos;
Y aun agora por tus puertas
Un Pulgar, soldado bravo,
Hincó su puñal sangriento
Con un pergamino blanco,
Y mató á un Tarfe tuyo
Un muchacho Garcilaso!
¡Hoy te posee Almanzor,
Pero mañana Fernando!

XIV

A la orilla del Genil
Escribe una carta Muza,
Tan á solas, que no hay nadie
Sino el agua que le escucha.
Hizo de una caña verde
Con el alfanje una pluma,

Y con agua y flor de malva
Tinta para hacer la suma.
Ya de un pedazo de toca,
Por no haber papel, se ayuda,
Tirando con piés y manos
Para quitar las arrugas.
Tanto tiró que rompió
Por medio de una costura,
Y despidiendo un suspiro
Dijo:—¿Qué quieres, fortuna?—
Vueltos los ojos al cielo
Pudo contemplar la luna,
Y dijo:—¡Qué alta que está,
Y cuán de presto se muda!
¡Y pues las cosas del cielo
De hacer mudanzas se ocupan,
No es mucho se mude el suelo,
Mas es mudanza corrupta!—
Con todo tomó el tocado,
Y lo que está roto añuda;
Escribe, y de agravio tiembla,
Aunque de coraje suda.

XV

Los ojos vuelve á Granada
Desde la espaciosa vega
El valiente moro Muza,
Lleno de congoja y pena,
Quejoso de los agravios

Del Rey, su hermano, y la Reina,
Y del moro Bajamed,
Por quien el Rey le destierra.
Solo va, aunque pensativo,
Formando entre sí querellas
Contra fortuna de amor,
Contra Cupido mil quejas.
A todo paso camina,
Porque la noche serena
Va desencerrando el sol
Y acrecentando su pena.
Perdió de vista á Granada,
Y, cuando no pudo vella,
Dice al cielo suspirando:
—¡Ay del ay que al alma llega!—
A la orilla del Genil
Detuvo un poco la yegua,
Y á sus peregrinos ojos
Les ruega que el agua viertan.
Allí entretuvo la noche,
Y entre sí mil veces piensa
De olvidar á quien le olvida
Y amar á quien dél se acuerda.
De pechos sobre el arzon,
La mano en el pecho puesta,
Vertió sus fuentes el moro,
Y el rio sus fuentes lleva.

XVI

Marlotas de dos colores,
De verde claro y morado,
Bordadas de fino aljófar,
Sembradas de muchas manos,
Asidas unas de otras,
Firme amistad señalando;
Bonetes á la turquesca
Encima de fuertes cascos;
Debajo de las marlotas
De mallados fuertes jacos:
Que, aunque van á lo galan,
Iban á un honroso caso
En dos caballos overos
Con furia el suelo pisando,
Y con dos dorados frenos
Blandamente gobernados.
Las lanzas llevan tendidas,
Los brazos arremangados,
Adargas en los arzones
Y por divisa dos manos,
Asidas una de otra,
La de un moro y un cristiano,
Con una letra que dice:
«Hasta la muerte te guardo.»
Se sale el fuerte Maestre
Y Muza el enamorado,
Que el amor de Sarracina

Los lleva así disfrazados:
Al uno llevan amores,
Otro de amistad los lazos,
Y así entraron en Granada
Para su fin deseado.

XVII

Cuando salió desterrado
De la ciudad de Granada
El fuerte y valiente Muza
Por el Rey que en ella estaba,
Desterráronle traidores
Envidiosos de su fama,
Porque en armas y en amores
Ninguno se le igualaba.
Servia una dama el moro,
Que era la flor de Granada,
Más hermosa que Jarifa,
Más que Fátima extremada.
Quitósela el rey Chiquito,
Y con ella se le alza,
Y no contento con esto
Desterróle de Granada.
A ella puso en un castillo,
Que Vivarrambla se llama;
Entregósela á su alcaide
Para que la tenga en guarda.
El rey Chico cada dia
Tres veces va á visitalla,

Y delante del castillo
Armaba juegos de cañas
Para que Zaida los viera,
Que así se llama la dama.
Mas cuando Zaida lo supo
Un correo despachaba
Para avisar desto á Muza,
Que con el Maestre andaba.
La brevedad del correo
Que Zaida á Muza despacha
Fué tal, que en muy breve espacio
Le dió al moro la embajada;
El cual, con el buen Maestre,
Se partieron á Granada
Solos los dos caballeros,
Con gruesas lanzas y adargas,
Y de una misma librea,
Como para jugar cañas;
Mas debajo dellas traen
Muy fuertes y ricas armas.
Por un camino secreto
Entraron dentro en Granada.
A tal tiempo y coyuntura
Llegan los dos á la plaza,
Que la flor de caballeros
De la córte de Granada
Entran por ella corriendo,
Haciendo grande algazara,
Diciendo en algarabía:
—¡Fuera, fuera, aparta, aparta!—
Zaida, en un rico sillon,

Allí las fiestas miraba.
Muza, luégo que la vido,
Y el Maestre, que allí estaba,
Arremeten con gran furia,
Y, á pesar de la compaña,
La sacaron del sillon
Y el Maestre la llevaba.
Muza luégo con gran furia
Hace lugar por do pasan,
Y, á pesar de todos ellos,
La sacaron de Granada,
Tornando su recogijo
En llanto toda Granada.

XVIII

Cuando las veloces yeguas,
Al son de trompas y cajas,
Parece que desempiedran
La plaza de Vivarrambla,
Todo es marlotas, bonetes,
Capellares, tocas, bandas,
Argentados borceguíes,
Plumas, volantes y galas:
Estas fiestas se hacian
A la hermosa Daraja,
Y el Rey está más contento
Que cuando ganó á Granada.
Sola Sarracina, sola
Está temiendo y turbada,

Hasta que el valiente Muza
Cumpla su palabra dada.
No tarda el gallardo moro:
Que ántes que la noche clara
Se manifieste á los hombres,
Y Apolo esconda su cara,
Viene á interrumpir las fiestas
Y á publicar su venganza,
Y, en lugar de galas, viste
Ante duro y dura malla.
Bien acompañado va,
Pues sabe el mundo que basta
Para conquistar mil reinos
Sola una cruz colorada.
El traje morisco lleva
El Maestre, que en España
Dió tanto sér y valor
A la gente castellana.
Llegan de presto al balcon
Dónde Sarracina aguarda,
Tan turbada y temerosa
Como la ciudad lo estaba,
Y sin aguardar un punto
Se arrojó por la ventana:
Muza la recoge y pone
De su caballo á las ancas.
Viéronse en terrible aprieto,
Porque los moros se arman
Y salen á defendelles
Que de la ciudad no salgan;
Pero luégo que conocen

Al bravo de Calatrava,
Y que es el valiente Muza
Quien le sigue y acompaña,
Dejan la plaza y las calles,
Y vanse luégo á la Alhambra,
Y ellos se vuelven contentos
A dónde su gente aguarda.

XIX

De aljófar grande y cuajado
Sobre tela de oro y seda,
Entre rubíes y esmeraldas
Hechas ahorradas tarjetas,
Que unas llevan camafeos,
Otras muy preciosas piedras,
Otras llevan escorpiones
De á seis y siete cabezas;
Los campos de la labor
Que los revoltones cierran,
Son pequeños corazones
Cada uno con tres saetas;
Los frisos de cada parte
Dos enlazadas cadenas,
Hechas de oro de martillo,
Que toda la laborean;
De unos dorados cabellos,
Que las tinieblas destierran,
Hechas de varias labores
Unas muy curiosas trenzas;

Cabellos, labor y lazos
Esmaltan catorce letras,
Que dan bien claro á entender
Que dicen: «La dura ausencia»:
Sobre una marlota azul
Todo esto Bernardo lleva,
Y el campo de la marlota
Lleno de nubes y estrellas,
Que al rededor de un topacio,
Engastado en oro y perlas,
Ocho puntas de diamantes
Lleva cada una de ellas:
Las nubes eran de plata
Con espantosas cometas.
Por encima del tocado
Una media luna lleva
Por ser cosa más movible,
Que ciñe el cielo y esfera,
Y motejar á Daraja
Ser movible en lo que muestra,
No por Bernardo el galan,
Mas de Muza, por quien entra
A correr cañas y toros
Y solemnizar la fiesta.

ANÓNIMO.

III

ROMANCES DE ALIATAR Y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

I

De la Naval, con quien fueron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna
Y fé de sucesos varios,
En una playa desierta
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En más peligrosos cargos;
Que, de su linaje noble
Las proezas imitando,
Del gran Alfaquí, su padre,
Desea seguir los pasos.
Pasando, pues, su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,

Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitallos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama dios humano,
Ya su muerte le da celos,
Ya sus celos son engaños,
Ya detiene á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troyano,
Huésped, robador de fé;
Mas no hay fé dónde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y, en su pensamiento vário,
Voló á otros nuevos desvíos
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda
Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su ligereza el cargo.

II

—Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congraciasteis.
¡Más son aquestas razones
De mujer que no de alcaide!
Digiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos,
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen
De las damas mensajeras
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajeza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque
Debajo las celosías,
A dónde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y, si no, callad de dia
Como de noche ¡cobarde!
De la discreta Jarifa,
Siendo mentira, contastes
Que señas hizo en Genil

Al moro de Ocaña Azarque;
Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y, apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste.
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentís, alcaide traidor;
Mentís, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate,
Pues de esas falsas razones
Y de ese traidor semblante
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumís grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais
Publicáislas por verdades.

¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os morireis, alcaide!
Damas servisteis un tiempo,
Allegad y preguntalles
Quién sois vos y quién son ellas,
Sabreis bajezas notables.
Jamás tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen:
Señal de malos respetos
No conservar amistades.
¡A las armas, moro amigo;
Dejad malicias aparte,
Y, en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante:
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes,
Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre!—

III

—Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Más de mujer que de Azarque,
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes.
Y que soy cobarde: mientes;
Tú mientes, y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices

Otra vez ántes que hables,
Que, si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste;
Digiste: «¡Pobre Aliatar!
¡En pié morirás, alcaide!»
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras,
Y, obrando, hechos no haces:
Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance.
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperare:
Que soy más bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste.
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pié me agravies.
¡Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen,
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire!
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,
Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes;

Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames,
Pues se da nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que, cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre;
Mas el viento se las lleva:
Que, como el viento se gaste,
Aire, palabras y plumas
Todo es aire, y tú eres aire.—

IV

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra;
La izquierda mano en la rienda
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara;
Lágrimas sobre los ojos,
Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada;
Las manos huellan las cinchas,

Y la espuma el freno mancha;
De plata los acicates,
Que, con la sangre que saca,
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el moro,
Que, si algun suspiro daba,
Desde dónde lo comienza
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó, cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena
Y por los ojos sus ánsias,
Y de todo la ocasion
Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
«Por envidia se las saca».
—Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas y le parece
Cualquiera sombra Abenámar;
Si con mi daño no medras,
¿Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay, amiga de mis ojos!
¡Yo no temo tu mudanza,

Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas!
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras.—
Dijo, y olvidóse luégo
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va más que el caballo
Presurosa la venganza.
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna por estar alta.
Dijo:—Si el temor de verme,
Abenámar, no te máta,
Espera para la vuelta.—
Y en esto se entró en Granada.

V

—Dénme el caballo de entrada
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y récio;
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno

Las vueltas que á ver mi dama
Dá mi triste pensamiento:
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmele luégo
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho
Como el vestido que llevo;
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego:
Que quien tiene el pecho triste
Color no le alegra el pecho.
Sólo el velo de la adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros celos que tengo.—
Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el Coso
Acosando su tormento.
Vido á su Zoraida bella,
Y parte luégo corriendo
Deseando de hablarla,
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que más le prendieron.
Echóle una toca verde,

Y una flor morada en medio
Dándole fé y esperanza,
Y á Aliatar muerte de celos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiró Aliatar,
Que fué tiro sin remedio,
Porque, dándole en la adarga,
Le pasó, la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino,
Por dónde salió al momento.
Apeóse del caballo
Y fué dónde estaba el muerto:
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos;
Y volviendo á cabalgar
Fuése á Zoraida diciendo:
—¡Mal guarda Celin tus prendas
Tan grande amor pretendiendo!
Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria ésta llevo:
Que quiero hacer prendas propias
Prendas que para otro fueron.

VI

Por una nueva ocasion,
Tan penosa como fuerte,
Deja su villa de Ocaña,
Dónde vive y dónde muere,
El bravo moro Aliatar,
Porque su esperanza verde,
Los desengaños y el tiempo
Son causa de que se seque,
Pues á sus altos principios
Sucedió tan triste suerte
Y tan infelice fin,
Que trocó su vida en muerte.
Vióse el moro regalado
De palabras y papeles
De la más hermosa mora
Que el reino morismo tiene,
Cuya bizarría estima,
Y cuyo donaire escede
A toda imaginacion,
Pues comparar no se puede.
De mala gana se parte
De dónde su gusto tiene;
Mas fuérzanle á que lo haga
Los amigos y parientes,
Porque pronostican daño
De su amoroso accidente,
Que es la dama emparentada

Con Cegríes y Gomeles,
Y temen, sabido el caso,
No procuren ofendelle,
Y más el bravo Celindo,
A quien le cupo por suerte,
Moro de valor y estima,
Respetado de la gente,
Que el pueblo rige y gobierna,
Y en la villa vale y puede.
Partióse sin despedirse,
Porque no se parta alegre,
No por falta de ocasion,
Pues no falta á quien la quiere.
Sólo se sale de Ocaña
Sin que amigo ni pariente
Para despedille salga,
Ni en su compañía lleve,
En un caballo morcillo,
Que las yeguas ya le ofenden,
No por no ser animosas,
Más por el nombre que tienen;
Y quiso, por su tristeza,
Que tambien el jaez fuese
Negro, como su desdicha;
Y porque en todo se muestre,
En un capellar leonado
Lleva pintada la muerte,
Con esta letra, que dice:
«Matóme, sin que muriese».
Sembrados de aves nocturnas
Llevaba un negro bonete

Con solas dos plumas pardas,
Que ya no las quiere verdes.
No quiso salir sin plumas,
Porque sus desdichas vuelen,
Como vuelan sus contentos,
Un martes cuando amanece;
Y llevaba por garzotas
Un ramo de laurel verde,
En fé que contra la suya
El tiempo muy poco puede;
Por medalla una leona,
Que á sólo gemidos quiere
Dar vida á lo que ha parido,
Y dice lo que se lee:
«Estos bastan para darla;
»Mas quien á mí dalla puede
»Con ellos se ablanda ménos,
»Y mucho más se endurece»;
Una marlota encarnada
Bordada, de mil dobleces,
Y por borla aquesta letra:
«No son ménos los que tiene»;
Y una lanza con dos hierros,
Por sólo sufrir desdenes,
Y de morado teñida
La culpa de quien consiente:
De color de rosa seca
Es la bandera que pende,
En señal que se secó
Lo que ántes fué más verde;
El brazo todo cubierto,

Porque arregazado teme
De ver en él el retrato,
Que le obliga se destierre;
Con una toca amarilla,
Y en ella pintado viene
Un Fénix, que ya se abrasa
Y en ceniza se convierte,
Y con las alas soplando
Aquel fuego en que se enciende,
Y escrito con letras de oro:
«Mucho temo el parecerte»;
Con un alfanje ceñido,
Dado en su paciencia el temple,
Y en la guarnicion, en cifra,
El nombre de quien lo ofende,
Colgado de un tahalí
Que tiene ramales trece,
Porque pasan de docena
Sus males, que no sus bienes;
Y en el campo del adarga
Lleva pintada su suerte,
Que es una oscura noche,
Que truena, graniza y llueve;
Un borceguí datilado,
Hechos lazos en reveses,
En señal que sus intentos
Todos al revés suceden;
Y en los estribos de bultos
Mil animales monteses,
Porque piensa que con ellos
Pasará su vida breve.

No quiso sacar espuelas,
Porque bastan sus desdenes
Para picar el caballo,
Y á él, que tanto los siente.
Con tan cansadas divisas
Llega á las aguas que vierte
El claro y corriente Tajo,
Y junto á una turbia fuente,
Que de un cenagal salia
Al pié de un monte silvestre;
«Este dice el moro, es
»El lugar que me conviene».
Apeóse del caballo,
Y por el monte se mete,
Dejándole suelto y libre,
Como se ha visto otras veces,
Adonde piensa esperar
Lo que el tiempo de él hiciere,
Hasta que muerte, ó su mora
Su vida y estado truequen.

VII

No con azules tahalíes,
Corvos alfanjes dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entraron de cuatro en cuatro,
Del mal logrado Aliatar

¡Oh, cuanto lo siente Zaida!
¡Y cuanto vierten, llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos alocia Blanca!
Dilo tu, Amor, si lo visto
Mas ¡ay que de lastimado
Dista otro rudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado!
«Tristes, etc.»
No solo lo llora Zaida;
Pero acompañanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Heben de Genil y Darro:
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo:
«Tristes marchando
»Las trompas roncas, los tambores destem
[plados.

ANÓNIMO.

Los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
»Las trompas roncas, los tambores destem-
[plados».
La gran empresa del Fénix
que en la bandera volando
Apénas le trató el viento
Teniendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado entre la seda
Que el Alférez va arrastrando:
«Tristes, etc »
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano.
A caballo salió el moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo:
«Tristes, etc.»
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltearon:
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron:
«Tristes, etc.»

¡Oh, cómo lo siento Zaida!
¡Y cómo vierten, llorando
Más que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste:
Mas ¡ay que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado!
«Tristes, etc.»
No sólo le lloró Zaida;
Pero acompáñanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro;
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo:
»Tristes marchando
»Las trompas roncas, los tambores destem-
[plados.

ANÓNIMO.

IV

ROMANCES DEL ALCAIDE DE MOLINA.

I

Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,
En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo al Alcaide:
«¡Al arma, capitanes,
»Suenen clarines, trompetas y atabales!»
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle:
Socorred á vuestra pátria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
Dejad el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Anteponed el honor
Al gusto, pues ménos vale,

Que aquel que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle;
Que en honradas ocasiones,
Y peligros semejantes,
Se suelen premiar las armas
Conforme el brazo pujante.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje:
Haced rostro á la fortuna;
Tal ocasion no se escape;
Mostrad el robusto pecho
A furor del fiero Marte.
«¡Al arma, capitanes, etc.—
A la voz mal entonada,
Los ánimos mas cobardes,
Del honor estimulados,
Ardiendo en cólera salen
Con mil penachos vistosos
Adornados los turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse;
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Cual tímidas ovejuelas,
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire;
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace:

Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Acudieron al asalto
Los moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;
Contra doce mil cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguaje:
«¡Al arma, capitanes,
»Suenen clarines, trompetas y atabales!»

II

El alcaide de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso
Sin daño, y con grande presa
De cautivos bautizados
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,

Desterrando sus temores
Celinda salió á una reja,
Diciendo furiosa y loca:
—¡Si tú tuvieras vergüenza,
Ni corrieras en mi calle
Ni pararas en mi puerta!
¡Mal haya Celinda, mora
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra!
Por ser tu alfanje temido,
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia,
Sin considerar primero
Que es claro que no conciertan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son de pífano ronco
En furia y odios los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas;
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta,
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes,
Ménos soy, y mas son ellas.
Ciñete tu corvo alfanje,

Embrázate tu rodela,
Y llama á tu fiel Acates,
Que te lleva las saetas:
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega,
En tu caballo el tordillo
Y en tu fronteriza yegua:
Tala los cristianos panes,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza:
Deja á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dejas.
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos,
Mi soledad y tu ausencia.—
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.
Colérico de lo oido,
Apretando entrambas piernas;
Furioso corrió al castillo,
Suspenso entre culpa y pena.

III

—Tambien soy Abencerraje
De los buenos de Granada,
Y tambien me vi en la vega
Con el de la cruz de grana;
Tan presto acudo á sus Reales
Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfanje,
Como otros de su dulzaina.
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fé de mis obras;
Veisla aquí, Cegríes, habladla.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es ménos fuerte mi brazo,
Ni son ménos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
Dejó como yo su pátria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes, estar en casa,
Sardanápoles de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos

Bien los sembrados se talan!
A mí toca, no á vosotros,
El salirme del Alhambra,
Que no es bien hallarme yo
Do tantos cobardes se hallan,
Ni que salgan mis consejos
Do no hay ninguno que salga
A probarlos como cuerdo
En el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
Entre venerables canas,
Lo que dije se estimó
Y lo que hice se estimaba.
Mas como el cielo os dotó
De fuerzas tan moderadas,
De tan flacos corazones,
No quereis que os diga nada,
Porque como es mi consejo
Para que dejeis las galas,
Siguiendo de vuestros padres
En la guerra las pisadas,
Desechaisme por extraño,
Y es justo que yo me salga,
Como extraño mi valor
De vuestra bajeza extraña,
Si agraviados os sentís,
Aquí os aguardo en la plaza:
Salid diez, ó veinte, ó treinta,
O toda Granada salga;
A lo ménos no diréis
Que me visteis las espaldas,

Pues más que una infame vida
Estimo una muerte honrada.
No, si puedo, os jactaréis
Que me ultrajasteis la fama,
Miéntras esta fuerte diestra
Lanza enristra, embraza adarga,
Que ó moriré, por Alá,
O con vuestra sangre cara,
Si el honor me habeis manchado,
Limpiaré á mi honor las manchas.—
Salió diciendo el Alcaide
De Molina y sus estancias,
Poniendo mano al alfanje,
De una junta no acertada.

ANÓNIMO.

V

ROMANCES DE ZAIDE.

I

Zaide ha prometido fiestas
A las damas de Granada,
Porque dicen que su ausencia
De fiestas las tiene faltas;
Y para poder cumplir
Lo que promete á las damas,

Concierta con sus amigos
De hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,
Concierta una encamisada,
Para las damas secreta,
Y para el vulgo callada.
Y ántes que la clara aurora
El pecho se rasgue y abra,
Entra el venturoso moro
Con su ilustre camarada:
Hecha escuadra de cincuenta
Va toda bien concertada.
Cegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoloses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
Madrugan para coger
A las damas descuidadas,
Deseosos de ver libre
Lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
De unas floridas guirnaldas;
Muchas cañas llevan verdes,
Y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan
Ya las trompas y dulzainas,
Ya los gritos y alaridos,
Ya las voces y algazara,
Ya los añafiles tocan,

Ya les responden las cajas,
Y el invidioso Albaicin
Con mil ecos acompaña.
Los azorados caballos
Con los cascabeles andan,
Moviendo tanto ruido,
Que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
Otros dicen: Pára, pára,
Sigan órden, vayan todos
La calle de la Alcazaba.
Otros dicen: la Gerea
No se deje, ni su plaza;
Otros, de Vavataubin
Vuelvan luego á la Alpujarra,
La calle de los Gomeles,
La plaza de Vivarrambla.
Corran toda la ciudad,
Viva Albolun, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido dispiertan todas,
Y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
Preso de una mano blanca;
Cuál por descuido no cubre
Su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
Al cuidado alborotadas,
Aunque del cuidado nacen
A cada mora mil ansias.

De pechos, y en pechos puesta
A la ventana asomada,
Está tan bella una mora,
Que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
Cómo corren, cómo paran,
Y tan sólo Zaida mira
Al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
y Muza su camarada;
Luego todos á la folla
Corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
Y con tantas veras anda,
Que no se viera la fin
Si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
Dejan la fiesta acabada,
Piden lugar á la gente,
Diciéndola: Aparta, aparta.

II

Ya que la aurora dejaba
De Titon el lecho, y vuelve
A la tierra el rostro hermoso
Con la claridad que suele,
Sale un moro descompuesto
Que Zaide por nombre tiene,
Disfrazado, solo al fin,

Que es lo que de amor pretende.
No trae adarga, ni lanza,
Caballo, pluma en bonete,
Ni la marlota bordada,
Plumas, cifra ó martinetes;
Aunque al lado del vestido
Una letra se parece
Que declara, en aljamía:
«Así me tratan desdenes».
Vestido un débil gaban,
Porque con vestido leve,
Es más honor la nobleza,
Y más oculta parece;
Y con la falta que muestra
De le faltar lo que quiere,
Va gallardo el fuerte moro,
Porque hoy el amor le enriquece;
Y aunque por montes camina
A do gentes no parecen,
Es el ver su gallardía
Lo que desearse puede.
Y que su Zaida no ignora
Como él es hijo de Hamete,
Alcaide de los castillos
Que hacen á Granada fuerte,
Pues oro, plata ni sedas
No dan honor ni enriquecen,
Que la mancha en un linaje
Oro quitarla no puede;
Porque nunca Febo sale,
Si la noche prevalece,

O cuando ya la mañana
Con luz abundante crece.
De celos vive seguro,
Que es don que no se concede
A aquellos que son amantes,
Ni á todos los que pueden.
Lleva sólo un rico alfanje
Oculto do no parece,
Y bien seguro de sí,
Aunque más armas no lleve;
Y de su pátria Granada
Le manda amor que se ausente
Hácia do vive su Zaida,
En cuya ausencia se muere,
Por ser la más bella dama
Que cria el sol del Oriente.
Vive ausente de la córte,
Porque el Rey así lo quiere.
Es hija de un Alfaquí,
A quien el Rey mucho debe;
Allegado á la corona,
Del mismo Rey descendiente;
Y porque no se permite
Casar con moro pariente,
No es hoy su yerno el Rey,
De lo cual vive impaciente.
Ella dió su mano á Zaide
Despues de muchos reveses,
Y palabra de ser suya,
Si el tiempo no lo impidiese.
Despues de andar sus jornadas,

Cansado de verse ausente,
Llegó á vista de la torre
Que dentro á su mora tiene.

III

Por la calle de su dama
Paseando se halla Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablalle.
Desesperado anda el moro,
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con sólo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir á un balcon,
Más bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en las tempestades.
Llegóse Zaide diciendo:
—Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criadas y mis pajes.
Dicen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.
Si esto es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes,
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.—
Humilde responde al moro:

—Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuetra amistad y la mia,
Pues que ya todos lo saben.
Que perderé el ser quien soy,
Si el negocio va adelante:
¡Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento el dejarte!
Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linaje,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre,
Sobre aguardarte de noche,
Como siempre vienes tarde,
Y por quitar ocasiones
Dicen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
Hermosa, y de galan talle
Que te quiera, y tú la quieras,
Porque lo mereces Zaide.—
Humilde respondió el moro,
Cargado de mil pesares:
¡No entendí yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usares!
¡No entendí què tal hicieras,
Que así mis prendas trocases
Por un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande!
¿Tú eres la que dijiste,
En el balcon la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré
Y tuya es mi vida, Zaide»?

IV

Por las puertas de Celinda
Galan se pasea Zaide,
Aguardando que saliera
Celinda para hablalle.
Salió Celinda al balcon
Más hermosa que no sale
La luna en oscura noche
Y el sol entre tempestades.
—Buenos dias tengais, mora.
—A tí, moro, Alá te guarde.
—Escucha, Celinda, atenta,
Si es que quieres escucharme.
¿Es verdad lo que le han dicho
Tus criadas á mi paje,
Que con otro hablar pretendes
Y que á mi quieres dejarme
Por un turco mal nacido
De las tierras de tu padre?
No quieras tener oculto
Lo que tan claro se sabe.
¿Te acuerdas como dijiste
En el jardin la otra tarde·
«Tuya soy, tuya seré,
Tuya es mi vida, Zaide?»—
De verse reconvenida
La mora en enojos arde,
Y cerrando su balcon,

Al turco dejó en la calle.
El galan soberbecido
Pisotea su turbante,
Y con rabiosas fatigas
Ha cantado estos cantares:
¿«Quieres que vaya á Jerez,
Por ser tierra de valientes,
Y te traiga la cabeza
Del moro llamado Hamete?
¿Quieres que me vaya al mar
Y las olas atropelle?
¿Quieres que me suba al cielo
Y las estrellas te cuente,
Y te ponga á tí en la mano
Aquella más reluciente?»
La estrella sale de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su mantito negro esconde.

V

Fijó pues Zaide los ojos
Tan alegres cual conviene,
Por ser el tiempo cumplido
De su tan propicia suerte,
Y dice:—¡Dichoso muro,
Y dichosas tus paredes,
Adonde vive mi Zaida,
Y mi alma que ella tiene!

Dichoso el suelo que pisa
Con razon llamarse puede!
Pues en él sienta sus plantas
Hechas de fuego y de nieve;
¡Y más dichoso tú, Zaide,
Si dar fin Alá quisiese
A esta tan terrible ausencia,
En que pensé que muriese!
El descanso desta vida,
Si durase para siempre,
¡Cuántos mas le procuraran
De los que buscarle suelen!
Y si la mortalidad
Que nos convida á la muerte,
Aunque con tarda esperanza,
Esperarla nos conviene;
Ya desde luego la espero,
Y en Alá primeramente,
Que el fin dichoso, en tus brazos,
Me dará próspero alegre.
Y si en la más alta cima
Me hallase, y se permitiese,
Y mi amor hiciese efecto,
¡Dichosa seria mi suerte!
¡Bella Zaida de mis ojos!
¡Dichoso si ya te viese
En estos rendidos brazos,
Dichosos entre mil gentes!
Llega pues, verás tu Zaide,
Que nombras galan y fuerte,
El cual en saber amarte

A todos pasa y excede.
Debiera ser tu belleza
Tan libre como la muerte,
¡Aunque si tan libre fuera
Dieras á mil mundos muerte!
¡Bella Zaida! llega á tiempo
Que alcance mi avara suerte
La palma de tu valor,
Pues es deuda que me debes.—
Y como la vido el moro,
Dijo:—¡Si Alá permitiese
Que para alumbrar mis hechos
Tal sol no se oscureciese!
Y porque mi lengua muda
Temo que no manifieste
Lo mucho que noto en tí,
Dígalo quien mas sintiere.—
La mora responde:—Zaide,
Si de tí cierta estuviese
Que traias la lengua muda,
Juro que te obedeciese;
Mas temo que tus palabras
A la fin se me volviesen
Por remate de amistad,
Cada una una serpiente.—
Zaide respondió:—¡Señora,
Si en mí tal jamás hubiere,
Quiero me falte la tierra,
Y el cielo su luz me niegue!—
Con esto los dos asientan
Una amistad firme y fuerte,

Para no faltar jamás,
Si no falta con la muerte.

VI.

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mujeres,
Ni con mis cautivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo.
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto más cristianos
Que tienes gotas de sangre;
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentil hombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse,
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;
Que pierdo mucho en perderte,

Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte:
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Una alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
Que hiendan y que desgarren;
Y con esto, Zaide amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras
Como supíste obligarme!
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde,
Y á un morillo mal nacido
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.

No pido que me la vuelvas,
Ni tampoco que la guardes,
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron
Como le desafiaste
Por las verdades que dijo,
¡Que nunca fueran verdades!
De mala gana me rio:
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo avisarte:
Esta será la postrera
Que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerraje,
Y al despedirle replica:
«Quien tal hace que tal pague».

VII

Mira, Zaida, que te digo
Que andas cerca de olvidarme,
Determinada sin causa
De aborrecerme, y dejarme.
No preguntas en qué entiendo,
Ni consientes visitarte;
Mis recaudos aborreces,

Mis billetes te desplacen.
Confieso que eres hermosa,
Bizarra y de lindo talle,
Y que con donaire y brio
Bailas, danzas, cantas, tañes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre,
No con espada ni lanza,
Sino con armas mas graves;
Que emponzoñas con la vista,
Y encantas con el lenguaje,
Y con unas y otras cosas
Matas hombres á millares;
Que pierdo mucho en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y si solo me quisieras
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de quedarme
De la suerte que me dejas,
Huyendo tus novedades:
Que eres pródiga en amar
Y presta en determinarte,
Lijerísima en querer,
Y mas lijera en mudarte.
Habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Firmeza en la voluntad,
Y al corazon un alcaide.
Mucho valen las mujeres
De tantas gracias y partes,

Porque hay pocas tan discretas,
Que en general poco saben:
Mas por eso, Zaida amiga,
Cuando quieren que las amen,
Al arca de sus favores
No ha de hacer mas de una llave.
¡Costosa es la que me diste!
¡Venturoso fuera Zaide
Si conservarte supiera
Como supo enamorarte!
Mas no bien hube salido
De los jardines de Tarfe,
Cuando en mi lugar pusiste
Un infame Bencerraje,
No porque enseñé la trenza
Que pusiste en mi turbante,
Ni conté de tus favores
A alguno la menor parte.
De esto no estarás quejosa.
Ni llamarás disparate
No guardar yo tus secretos,
Y querer que otro los guarde;
Que quien como hombre las siente,
Callar como piedra sabe;
Y aunque de quejas reviente,
Te prometo que yo calle.
Ninguna puedes tener
De mí, sino es por amarte,
Que soy extremo en quererte,
Y tú extremo en despreciarme.
Mas quien de mujeres fia

Es justo qne así le traten,
Y que por mí digan todos:
Quien tal hace, que tal pague.

VIII

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No dés crédito á mujeres
No fundadas en verdades;
Que si pregunto en qué entiendes,
Ó quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi tormento
Ver que visitas te aplacen.
Si dices que estás corrida
De que Zaide poco sabe,
¡No sé poco, pues que supe
Conocerte y adorarte!
Si dices son por mi causa
Las que en el rostro te salen,
¡Por la tuya, con mis ojos,
Tengo regada tu calle!
Confiesas que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
¡Pocas tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme!
Mas si ha querido mi suerte
Que ya, que el quererme te canse,
No pongas inconvenientes
Mas, de que quieres dejarme;

No entendí que eras mujer
A quien novedad aplace;
Mas son tales mis desdichas
Que en mi lo imposible hacen:
Y hanme puesto en tal extremo
Que el bien tengo por ultraje,
Y alábasme para hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y aunque hablas en mi ofensa
No dejaré de adorarte.
Dices, que si fuera mudo,
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo le he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé,
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales;
Mas de favores hacello
Solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte;
¡Mejor te supe obligar,

Que tú has sabido pagarme!
Mienten los moros y moras,
Miente el infame de Tarfe,
Que si yo le amenazara,
Bastara para matarle.
A ese perro mal nacido
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos,
Que en bajos pechos no caben:
Yo le he de quitar la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hizo que tal pague.

IX

¡Bella Zaida de mis ejos,
Y del alma bella Zaida,
De las moras la más bella,
Y más que todas ingrata,
De cuyos rubios cabellos
Enreda amor mil lazadas,
En quien ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas!
¿Qué gustos, fiera, recibes,
De ser tan mudable y varia,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas?
¿Y no contenta de aquesto,
De quitarme la esperanza,

Pórque de todo la pierda,
De ver mi suerte trocada?
¡Ay cuán mal, dulce enemiga,
Las véras de amor me pagas,
Pues en cambio dél me ofreces
Ingratitud, y mudanza!
¡Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
¡Pero bastaban ser tuyas,
Para que tuviesen alas!
¡Acuérdate que algun dia
Dabas de amor muestras claras,
Con mil favores tan tiernos,
Que por ser tantos ya faltan!
¡Acuérdate, Zaida hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibias,
Cuando rondaba tu casa!
Si de dia, luego al punto
Salias á las ventanas;
Si de noche, en el balcon,
O en las rejas te hallaba.
Si tardaba, ó no venía,
Mostrabas celosa rabia;
Mas ahora que te ofendo,
Que acorte el pesar me mandas.
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete, ó carta
Que un tiempo tu gusto fuéron,
Mas ya tu disgustos causan.
¡Ay Zaida, que tus favores,

Tu amor, tus palabras blandas,
Por falsas se han descubierto,
Y descubren que eres falsa!
Eres mujer finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida,
Y á quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces,
Por no parecerte en nada,
Cuando de yelo tú fueras,
Mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en véras,
Tarde se rinde á mudanza.

X

«Dime, Bencerraje amigo,
¿Qué te parece de Zaida?
¡Por mi vida que es muy fácil!
¡Para mi muerte es muy falsa!
Este billete la escribo:
Escucha, y silencio guarda;
Que su beldad estimé,
Y quiero estimar su fama.
—¡Oh mora, imágen del tiempo
En condicion y mudanza,
Hipócrita en los amores,

Logrera en las esperanzas!
Ya tu voluntad y gustos
Van por leyes de las galas,
Que á cada tocado nuevo
Nuevos pensamientos sacas,
Confieso que eres mas bella
Que las flores con el alba;
Mas al fin, hay varias flores,
Y tú tambien eres varia.
Espejo eres de hermosura,
Pero tienes una falta,
Que á todos haces buen rostro,
¡Notable vicio en las damas!
Nuevas parecen mis quejas,
Pues no te llamo inhumana;
¡Mas ojalá cruel fueras.
Y no tan afable y mansa,
Que aunque dieras tarde el fruto,
Fueras firme como palma,
Que á costa de mis tormentos
De ella te hiciera guirnaldas!
Mas ayer se vino un huésped,
Y ya le ofreces el alma.
¡No sé, Zaida, cómo es esto,
Pues otra me tienes dada!
¡Si tantas almas tenias,
Dijéraslo, y no te amara!
Que yo no tengo mas de una,
Y no sé cumplir con tantas.
¡Ay, Zaida, cómo te temo!
¡Deja que el huésped se vaya,

Y verás tras su partida
Su fé partida y quebrada!
Pero dirás que no sientes
Ausencia, porque no amas,
Y que yo quedo en la córte
Esclavo antiguo de casa.
¡Muy mal conoces mi gusto!
¡Mucho te estimas y engañas!
¿Qué, tengo yo faltas, mora,
Para entretenerte á faltas?
Quien media vez me ofendió,
Entera no ha de contarla,
Que en mujer, un solo yerro,
A quien sufre mucho agravia:
Mas esto al fin te aconsejo,
Y es dar al viento palabras,
Que al primero que admitieres
Le dés las prendas del alma.
Ten ya en tus amores fé,
No condenes tu honra y fama
Con amor falso y fingido,
Que sin fé nadie se salva;
Y no firmo este papel,
Pues no soy á quien llamabas
Antes, con razones dulces,
Y sin razones extrañas;
Pero bien entenderás
Los efectos y la causa,
Que aunque tú mas disimules,
Bien sabes á quien agravias.»
Esto mostró al Bencerraje

El bravo Alcaide de Baza,
Y cerrándole, lo envia
A la misma mora Zaida.

XI

—Reduan, anoche supe
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene:
Que un pecho que fué diamante
En cera blanda le vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes,
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre,
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe,
Que ardiendo van de mí pecho
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas
Y consuelos mis papeles;
Lo que mi lengua decia
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso ¡tan breve!
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.

¡Quién tal creyera! Olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quién desciende.
El sí le dió á sus porfias,
Y unas fiestas hacer quieren,
Y tienen de salir ambos
Vestidos de tela verde.
¡Huélgate, mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues!
¡Entra ufana en Vivarambla,
Donde mis penas te alegren!
A aqueste infame morillo
Que aborrezco, y favoreces,
Atale al brazo tu toca
Para que las cañas juegue,
¡Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve!
Y en la tuya la tiñera...
Mas soy hombre, y mujer eres.
¡Por Mahoma que estoy loco!
¡Mi sangre en las venas hierve!
¡La paciencia se me acaba,
Y mi juicio se pierde!
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcaide de Velez,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve;
Muera á manos de un cobarde
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno,

Adonde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese morillo cobarde,
Que es infame, y se me atreve,
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme ó de perderme,
Que un noble, si está ofendido,
Fácilmente se resuelve.—

XII

Cuando el noble está ofendido,
Es resolucion discreta
Por satisfacer su agravio
Arriesgar vida y hacienda;
Pero esto se ha de entender,
Cuando aquel que hizo la ofensa
Tiene sugeto capaz
Para hacer la recompensa.
Y respondiendo á tu carta,
La cual ví letra por letra,
Y lo que tu dama escribe,
Claro su discurso enseña;
Diréte en razones breves
Lo que el deseo me ofrezca:
Que errar ó acertar la cura,
Consiste en la vez primera.

Primero he sido en saberlo,
Por ser en mi amistad deuda,
Y lo seré en aplicarte
El remedio que convenga.
Si dices que un moro infame,
De sangre baja y pechera,
En tu ausencia él y tu dama
Muestran efectos de ausencia,
¿Qué mejor venganzas quieres?
¿Qué mas tu alma desea,
Pues obligaciones tuyas
Las pagas con bolsa ajena?
A ella en pago del delito
Le será castigo, y pena
El trueco de su mudanza,
Que muchos siglos posea.
Y si á los gozos presentes
Tus memorias tienen muestra,
Será flor de maravilla,
Que con el alba recuerda.
Pasan estas novedades,
Y la fortuna que vuela
Poniéndoos en su balanza
Hará ver la diferencia.
Contemple en el galan nuevo
La bella rueda y cabeza,
Llegue á los piés de su sangre,
Y olvidársele ha la rueda.
A entrambos conocerá
Cuando sea menos la hoguera,
Que quien ve quemar su casa,

No es mucho memorias pierda
Si en las fiestas que ordenaren
Sacaren verde librea,
Darán pregon, que es un tonto,
Y ella, que es lo que se precia;
Que aquel que á un alma mudable
La voluntad y fé entrega,
Por castigo bien le basta
La esperanza de esta feria.
Si tus prendas le alegraban,
En las mujeres las prendas
Es precio en que se remata
Falsedad en almoneda.
Si en tí se cerró el remate,
Ha habido una puja nueva,
Y son bienes de menores,
Que se abre el remate, y cierra.
Aire, suspiros y abrazos
De tu memoria destierra,
Que el bronce y el aire vano
Mal podrán esculpir letras.
Deja muertes y alborotos,
Ven, y con verlos te alegra,
Que la venganza mayor
Será no hacer cuenta de ella.

XIII

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrongancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas

Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla;
Si como el galan ornato
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa
Como el son de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
Y en el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
No en palacio, ni entre damas,
Se aprovechan de la lengua,
Pues es do las manos callan;

Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey,
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
Le dijo: «Vete á la Alhambra,
Y en secreto al moro Záide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Jenil
Al Generalife bañan».

XIV

Cese, Zaida, aquesa furia,
Que á fe que te entiendo, Zaida,
Que deseas verme muerto,
Pero muerto por tu causa.
Si tu lengua me despide,
¿Por qué tus ojos me llaman?
Y si en público te hielas,
¿Por qué en secreto te abrasas?
La razon de estos efectos
No te la pregunto, Zaida;
Pero díganlo tus ojos,

Que yo sé que no lo callan.
Avísasme que te deje;
Ten aviso en tus palabras,
Que á do se trata de amor
Hiere quien de aviso trata.
Píntasme lindo en extremo;
Pero el publicar mis gracias,
Sólo es darme lo que es mio,
Como quien me echa de casa.
Dices que soy blanco y rubio:
¡Blanco me tienen desgracias;
Pero negra es mi ventura,
Por ser rubia tu mudanza!
¡Paréceme que te loas,
Viniendo á dejarme ingrata!
Son las honras que me haces
Como el que ha muerto en el alma.
Pero si naciera mudo,
Publicas que me adoraras:
¡Mil lenguas tener quisiera,
Porque todas te alabaran!
Aquese alcázar que dices,
En mi pecho no hace falta,
Porque todo es fortaleza
Por el primor de mis ansias.
Sólo el alcaide en mis labios
Falta, porque ya en mi alma
Tenia guarda de alcaide,
Hija de alcaide de guarda.
Interpreta estas razones,
Que yo sé que son bien claras,

Si no es que las escurezcan
Los nublados de tu saña.
Los galanes de mis partes
Mucho pueden con las damas;
¡Mas poco puedo contigo,
Porque partes no te espantan!
Los platos de sus favores
Los sabios comen, y callan;
Mas si el manjar es sabroso,
¿Qué sabrá el que no lo alaba?
En esto muestras ser niña,
Pues eres tan poco sábia
En los sucesos de amor,
En que experiencia se alcanza.
La trenza de los cabellos
No enrede la verdad Zaida;
Basta que enrede las vidas
De falsarios que me agravian.
Jamás publiqué ser tuyo,
Sólo ella lo publicaba,
Llevando escrito tu nombre
En el valor que mostraba.
Mejor sé guardar secretos,
Riete de buena gana,
Que no aquellos que te han dicho
Soy hablador de ventaja;
Y admite agora disculpa,
Si te place, bella Zaida

XV

No faltó, Zaide, quien trujo
A mis manos tus dos cartas,
Por las cuales ví que en una
En ausencia me maltratas.
Tratásme injustamente,
De severa, cruel, tirana,
No echando de ver que tú
Eres el principio y causa
De la que, Zaide, he tenido
Para mostrarme enojada,
Por ser tú blando de boca,
Y no tener rienda en nada.
Y para no renovar
Nuestras historias pasadas,
Me ha parecido escribirte
Solas aquestas palabras,
Movida de que tambien
En la segunda me tratas
De afable, mansa y benigna,
Conociendo tu desgracia:
Y lo mejor que hay en ellas
Es que pusiste las plantas
Por testigos de tu pena,
Porque te oyesen sus ramas,
Las cuales, segun sospecho,
Han de quedar enseñadas
A ser oráculo y templo

De la sibila Cumana.
¡Gran trabajo tienes, moro,
Por tener tan mala fama,
De quien como de la lumbre
Huyen hoy de tí las damas!
Pero porque te arrepientas
Quiero mostrarme ya mansa,
Pues no hay piedra donde no
Haga el curso alguna entrada.
Bien hiciste de apelar
De tu sentencia ya dada;
Pues no hay juez tan riguroso,
En quien piedades no haya.
De mí te sabré decir,
Que aunque tus obras son malas,
Tengo, como nací noble,
Noble corazon y entrañas.
Notando que una leona
Aunque esté furiosa y brava,
Si el leon se le humilla,
Ella se humilla, y le halaga;
Pero si acaso el leon,
El amistad celebrada
No la sabe conservar,
Le aborrece y le desama.
¡Harto Zaide, creo he dicho,
Para que entiendas de Zaida,
Estar ajena de culpa,
Y libre de tus palabras!

XVI

Gallardo pasea Zaide
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imágen y adorarla;
Porque se vido sin ella
En una ausencia muy larga,
Que desdichas le sacaron
Desterrado de Granada:
No por muerte de hombre alguno,
Ni por traidor á su dama;
Mas por dar gusto á enemigos,
Si es que en el moro se hallan,
Porque es hidalgo en sus cosas,
Y tanto que al mundo espantan
Sus larguezas, pues por ellas
El moro dejó su pátria:
Pero á Granada volvió
A pesar de ruin canalla,
Porque siendo un moro noble,
Enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
A su Zaida á la ventana,
Tan bizarra y tan hermosa
Que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
A quien ha entregado el alma,
Tan turbada y tan alegre,

Y cuanto alegre turbada;
Porque su grande desdicha
Le dió nombre de casada,
Aunque no por esto piensa
Olvidar á quien bien ama.
El moro se regocija,
Y con dolor de su alma,
Por no tener más lugar,
Que el puesto no se le daba,
Por ser el moro celoso
De quien es esposa Zaida,
En gozo, contento y pena
Le envió aquestas palabras:
¡Oh más hermosa y más bella
Que la aurora aljofarada!
¡Mora de los ojos mios,
Que otra en beldad no te iguala!
¿Díme, fáltate salud
Despues que el verte me falta?
¡Mas segun la muestra has dado
Amor es el que te falta!
Pues mira, ¡diosa cruel,
Lo que me cuestas del alma,
Y cuántas noches dormí
Debajo de tus ventanas!
Y mira que dos mil veces
Recreándome en tus faldas,
Decias: ¡El firme amor
Sólo entre los dos se halla!
Pues que por mí no ha quedado,
Que cumplo, por mi desgracia,

Lo que prometo una vez,
Cúmplelo tambien ingrata.
No pido más que te acuerdes,
Mira mi humilde demanda,
Pues en pensar sólo en tí
Me ocupo tarde y mañana.—
Su prolijo razonar
Creo el moro no acabara,
Si no faltara la lengua,
Que estaba medio turbada:
La mora tiene la suya
De tal suerte, que no acaba
De acabar de abrir la gloria
Al moro con la palabra:
Vertiendo de entrambos ojos
Perlas con que le aplacaba
Al moro sus quejas tristes
Dijo la discreta Zaida:
—Zaide mio, á Alá prometo
De cumplirte la palabra,
Que es jamás no te olvidar,
Pues no olvida quien bien ama;
Pero yo no me aseguro,
Ni estoy de mí confiada,
Que suele, el cuerpo presente,
Ser la vigilia doblada;
Y mas que tú lisonjeas,
Que ya le tienes por gala,
De ser como aquí lo has dicho,
No habiendo en mí bueno nada.
Sé muy bien lo que te debo,

¡Y pluguiese á Alá quedara
Hecho mi cuerpo pedazos
Antes que yo me casara!
Que no hay rato de contento
En mí, ni un punto se aparta
Este mi moro enemigo
De mi lado y de mi cama;
Y no me deja salir,
Ni asomarme á la ventana,
Ni hablar con mis amigas,
Ni hallarme en fiestas ó zambras.—
No pudo escuchalla más
El moro, y así se aparta,
Hechos los ojos dos fuentes
De lágrimas que derrama.
Zaida no ménos que él
Se quita de la ventana,
Y aunque apartaron los cuerpos
Juntas quedaron las almas.

XVII

«Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
Yo ya perdí mi contento,
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente.

¡Ingrata! Con tus mudanzas
Tanto mis véras ofendes,
Que vuelves mi ardiente pecho
Más helado que las nieves:
Los males que le causabas
Estimaba más que bienes,
Y agora los bienes tuyos
Más que males me parecen.
Tu memoria era bastante
En mi pena á entretenerme,
Y agora con tu memoria
Mi pena se aumenta y crece.
Tu hermosura me alegraba
Cuanto agora me entristece,
Que la memoria ofendida,
Mi fé y agravio me ofrece.
Jamás conocí otro cielo
Sino aquel donde estuvieses;
¡Ya conozco que fué engaño
Y que me engañé en quererte!
En estos afectos mios
Claro puede conocerse,
Que al fin una sinrazon
Más que mil razones puede.
La mudable condicion
En el sugeto que tienes,
No puede ser cosa tuya
Sino sólo de mi suerte.
Ya no te acuerdas de mí
Sino para aborrecerme,
Que ya en esto te parezco,

Aunque siento el parecerte,
¡Pluguiera al cielo, enemiga,
Que las partes que tú tienes,
No fueran tan de estimar
Por no sentir el perderte!—
Esto dijo el moro Zaide
Y por un monte se mete,
Cuyos árboles copados
Del sol la entrada defienden.

XVIII

Zaide esparce por el viento
Las cenizas de unas cartas,
Agora tan enojosas
Cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
Para poder disculparlas,
No halla ninguna que baste,
Que no hay disculpa á mudanzas,
Dice:—Si escrituras fuisteis,
Habeis parecido falsas,
No por falta de firmeza,
Mas por sobra de desgracia;
Y si fuisteis testimonios
De algunas véras pasadas,
Indebido fué tal nombre,
Pues véras tardes se acaban.
Si fuistes obligaciones,
Ya sin razon son negadas:

¡Pero quien niega las propias,
Poco en ajenas repara!
Y si fées, fuistes fingidas,
Pues estais tan olvidadas:
Si palabras, mentirosas,
Pues son las obras contrarias.
Por estas y otras razones
Os he entregado á la llama,
Que no es justo tener prendas
De deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
Que ningun fuego os quemara,
Porque siendo en vuestra ofensa
Mis lágrimas le apagaran;
Mas vuestro mudable dueño
Ha hecho en mí tal mudanza,
Que á faltarme agora fuego
Os quemara el de mi rabia.
Lleve el viento esas cenizas,
Pues llevo mis confianzas;
Y llévese mis memorias
Que ya en perderlas se gana.—
Más dijera, mas no pudo,
Que le atajan las palabras,
Las sinrazones presentes,
Y las razones pasadas.

XIX

Algun fronterizo alarbe
De los pecheros comunes,
Zaide, malquisto y traidor
Fué tu padre, no lo dudes:
Entre la fineza noble
De tu abuelo el gran Adulce,
El sayal de tu bajeza
Por mil partes se descubre;
Y como lo falso opones
A la verdad de que que huyes,
Oropel de la nobleza
Te llaman, y rey de embustes.
Engañóme tu semblante,
Amistad con tigo tuve,
Mis secretos te fiaba,
¡Mira en qué parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
¡Qué moro á mi lado truje,
Que á sus enemigos teme,
Y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
Sobrina del Rey de Túnez,
Escribiste que en Granada
Alabarme de ella supe:
Que sus favores contaba,
Gustando que se divulgue
Mi ventura, y su firmeza,

Porque se ofenda y me culpe.
¡Si tú fueras el dichoso,
Desde el suelo hasta las nubes,
A su nobleza infamaras,
Que es obra de tus costumbres!
De mi ya sabon las damas
Que hago que se sepulte
Su favor en mi silencio,
Porque más mis glorias duren.
Ausentéme de la córte,
Y porque sus trazas use
Tu condicion engañosa,
Y el amor el mando usurpe,
A Zafira que me amaba
Osaste decir que busque
Ocasion para valerte.
Y que en tu ocasion la ocupe.
¡Mal te fué con las dos moras!
Porque el amor nunca sufre
Cautelas en sus verdades,
Ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
Consigo mismo se junte,
Pensamientos suyos trate,
De los ajenos no cure.
Oro puro ha de ser todo
Lo que en amistad reluce:
Hidalgía con traicion
Respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
Si hay vileza que lo enturbie,

Por mal nacido y villano
Es digno de que le juzguen.
¡Zaide, prevenid el pecho,
No haya lanza que ejecute
La venganza que debeis!
¡Mirad que el plazo se cumple!
¡Mirad mucho por la cara,
Que habrá filos que la crucen,
Volviendo por las ofensas
De las que ciñen estuches!
Que aunque más vuestro linaje
Os defienda y asegure,
Ha de caer con la muerte
Quien traidores pasos sube.—

ANÓNIMO.

VI

ROMANCES DE ZULEMA.

I

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria

De mil hazañas diversas,
Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De mas alas y mas lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpétua;
No armado, sino galan,
Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas;

Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entónces
De la mayor fortaleza:
Cuando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella;
Solo algunos de á caballo
Aunque le temen le esperan:
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares

Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo en que á la bella mora
De sus deseos dé muestra;
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa;
Cuando ve que á un hombre el toro
Con piés y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
A pié se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe,
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas:
Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas:
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, patea,

Vuelve á mirar quien le ofende
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas;
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas;
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena;
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
Yo acabo, y su gloria empieza.

II

Aquel esforzado moro,
Abencerraje Zulema,
Espejo de valentía
Y retrato de nobleza;
Aquel paciente amador,

[illegible]

Y lleva un rico cendal
Que le ciñe la cabeza,
Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva además por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor,
Y no de poca soberbia.
Era pues el ave Fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta mas no quemada,
Y si quemada no muerta;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la mas ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en arábigo esta letra:
«Así recibo yo vida
»De la dama que lo ordena»;
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la Reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la córte
No sin mucha competencia:
Servida, mas no pagada,
Sino sólo de Zulema,
Que como fino amador

En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y aun procura que le deba,
No para más libertad
Sino para más cadena;
Y así por esta ocasion
Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella,
Cruza por el ancho Coso,
Donde está su dama llega,
Mírale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro, como es galan,
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon,
Que era do estaba la Reina;
Humilla el esquivo cuello,
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
Lo que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigurosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha:
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,

Que si la mano apretara
En fuego la convirtiera;
Más viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva,
Aunque de arrogancia llena.
—Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.—

III

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,
Ciego de cólera y celos,
Si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha,
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fé y palabra le quiebra.
Tenia celos el moro
Del Alcaide de Marbella
Que en Granada residia,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido

Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
«Mi esperanza cautivé;
»Y como se vió sujeta,
»Dudando de su rescate
»Vino á morir en cadena».
El bonete carmesí,
Y en él una pluma negra,
Y por letra: «Mi alegria
«Compite con mi tristeza»,
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas:
«Ha rodado por mi alma
»De mi fortuna la rueda».
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: «Ya estoy cerca».
Un borceguí datilado,
Dorado solo la vuelta,
Que dice: «Si vuelta está,
»Dificil será volvella».
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y dice la letra: «Celos,
»Hincádsela hasta que muera»

Ceñido un dorado alfanje,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivia, aunque en sus entrañas
Tiene morada mas cierta,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto
Estando un rato suspensa;
Zulema picó el caballo,
Allegándole más cerca,
Diciéndole:—¡Sol del mundo,
Que en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana
Desterraréis las tinieblas!
Ella que le conoció,
Le dijo:—Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que ya sabeis que á la luna
El sol su lumbre le presta;
Y si acaso tengo alguna

La recibo de la vuestra.—
Zulema le dijo:—¡Ay Zara,
Cuánto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo,
Viendo el sol en su presencia,
No da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra más
Es cuando su sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena.—
Respondió Zara turbada:
—¡Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los celos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pajes
Veas delante mis puertas,
Pues soy de peña á sus dueños
Cuanto para tí de cera.—
Zulema algo asegurado
Sólo la da por respuesta:
—¡Plegue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera!—
Con esto se parte el moro,
Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

IV

De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de sus pensamientos
La fe y palabra le quiebra,
Tomaba celos el moro
Del alcaide de Marbella ,
Que en Granada residia
Y su calle le pasea.
Cuanto llevaba vestido
Va publicando su pena,
Que quiere, ya que él la calle
Que la diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza incierta,
Una cadena bordada
Y en ella fija esta letra:
«Mi esperanza lo quitó
»Por no verse más sujeta;
»Con temor de su rescate
»Quiere morir en cadena».
El capellar amarillo
Que unos lazos le atraviesan
Y por letra: «Desespero
»Si no los corta firmeza».
El bonete carmesí
Y en él una pluma negra
Y por letra: «Mi alegria

»Compite con mi tristeza».
Un borceguí datilado
Con una letra en la vuelta
Que dice: «Si vuelta está
»Es excusado volvella».
Caballo rucio rodado
Escrito de entrambas ruedas:
«Ha rodado por mi mal
»De la fortuna la rueda».
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y letra que dice: «Celos,
»Hincadla hasta que muera».
De aquesta suerta camina
Por do sus celos le llevan,
Y en llegando que llegó
Adonde vive su prenda,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el hierro de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella
La dama, que descuidada
Estaba de tal novela,
Por un pequeño postigo
Se paró por ver quien era,
No le conoció tan presto,
Estuvo un rato suspensa;
Zulema picó el caballo
Y llegándose mas cerca
Le dijo:—Sol de mi cielo,
Que en mi alma reverbera,

Abrid toda la ventana
Desterraréis las tinieblas.—
Zara que le conoció
Le dice:—Amado Zulema,
Este nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que bien sabeis que á la luna
El sol de su luz le presta;
Así que si en mi hay alguna
Me procede de la vuestra;
Porque la luna en el cielo
Estando el sol en presencia
No da de sí luz alguna,
Señal que en verle le pesa.
De lo que colijo y saco
Cuán bien de ver to se echa
En eso, y en venir tarde,
Que celos te hacen la guerra.
Desecha Zulema amigo
Ansias, suspiros y penas,
Aunque escaramuza y juegos
Veas delante mi puerta.
Corran ellos sus caballos,
Por llanos, montes y peñas,
Que yo lo soy para ellos
Como para tí de cera.—
Zulema ya asegurado
Solo le da por respuesta:
—¡Plegue á Alá del mucho curso
Se le allane la carrera!—
Y con esto se volvió,

Humillando la cabeza,
Con intencion de mudarse
Caballo, lanza y librea.

V

—Lo que puede aborrecida
La mujer que olvida tarde,
Hoy se prueba en mis desdichas,
Que de amor y olvido nacen.
Del linaje de Tarife,
Aunque fué de humildes padres,
Nací Bencerraje al mundo
Para morir Bencerraje.
Heredé sus desventuras,
¡Gran mayorazgo de males!
Poca hacienda y mucha envidia
Madrastra de mi linaje.
En la campaña valientes,
En el terrero galanes,
Amigos de valerosos
Y enemigos de cobardes,
No tuvo dama Granada
Que Bencerraje no amase,
Que solo el nombre tenia
Rendida la mayor parte.
Ha crecido cierta envidia
Entre el vulgo variable:
Dicen, que amaron la Reina,
¡Si la amaron, Dios lo sabe!

Dejáronme al fin muy niño,
Tan sin amparo de nadie,
Que por solas mis desdichas
He conocido mis padres,
Que con las suyas pudieran
Las mias ser solo iguales,
Pues el tiempo y la fortuna
Han hecho en mí ejemplos grandes.
Quise á la mora mas bella
Que mira el pastor de Daphne,
Desde la mar donde muere,
Hasta el cielo donde nace.
Desaméla, aunque á creerlo
Muy pocos se persuaden;
Mas quien lo entiende me diga
Lo que pueden libertades.
¿Qué quieres, ingrato amor?
¿Por qué perseguir te place
La vida que no te ofende
Con muerte que ha de pesarte?
¿Por qué lloras contra mí,
Tú que en mi favor lloraste?
Ausente estoy de tus ojos,
Quizá será aquesto parte.—
Esto contaba Zulema
A su señor Albenzaide,
Junto á la mar donde quiere
Y á las piedras que combate.

ANÓNIMO.

VII

ROMANCES DE ALMORALIFE.

I

El mayor Almoralife,
De los buenos de Granada,
El de más seguro alfanje,
Y el de más temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,
Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su rey
Se va á la mar desde Baza,
Más animoso y galan
Que el hijo del moro Audalla;
Tanto que al mundo su nombre
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrian
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso,
De azules linos sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas

Los lirios, que ya son verdes,
Y fuéron flores moradas:
Con cuatro moros detrás,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo pues la rienda
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que aun á sacalle no basta
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
—Amada mora, le dice,
Que pareee que me hablas
Con ceño porque te dejo,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te ví esta mañana
Tan enojada conmigo
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¡Mucho me quieren tus ojos!
¡Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¡Muchos cabellos, amiga,
Por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura

La darán vida mis ansias,
Dejando mi cuerpo triste
Vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú, y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¡Mal haya aquel amador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¡Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
Él llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines
Que el mejor tiempo os dejara!
Mas si dejo mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor
Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envíes,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media arrienda le alcanzan;
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

II

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almoralife,
Sobrino del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
Apesar de las tinieblas
Desde léjos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mio,
Con las águilas de César y
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquella,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.
¡Oh gloria de mi esperanza,
Y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los recelos que la quedan
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:
Si tu belleza estimaras,
Como estimo tu belleza,
Fueras ídolo de España,

Y fama de ajenas tierras.—
Dijo, y entrándose en Baza
A sus moros dió la yegua,
y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ansias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luégo á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envia el alma
Que le abrazase por ella.
Apénas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas,
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza
Porque sus querellas mudas
Por declararse revientan;
Y la bella Felisalva,
Tan turbada cuanto bella,
Estando atento su moro
A preguntalle comienza:
—Almoralife galan,
¿Cómo venís de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
Ó murió de las sospechas

Que á su triste original
Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.—

III

Descargando el fuerte acero,
Desciñéndose la espada,
Desembarazado el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el bracelete,
Echando acullá la maza,
Besando la toca azul,
Que es celos, y celos rabia;
De coraje y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la córte
Decretando cierta causa.
Un paje viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo
Trae del cielo una embajada.
—Gallardo moro, te espera,

Dice el paje, quien más te ama,—
Y el mensajero replica:
—El rey y la córte aguardan.—
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien la agravia,
Mas contra sí, y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos destos pasa.
—El rey, dice el mensajero,
Mala espina tendrá;—y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
los mensajeros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
—¡Almoralife! ¿qué esperas?
Que hay peligro en la tardanza.—
Dice el moro:—¿quién me espera?
Responde el paje:—Tu dama
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
Ó que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan.

Vióte venir de la guerra:
No alzaste á verla la cara:
¡Cara cuesta tu venida!
¡Tu venida cuesta cara!
¡Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma.
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia
La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
Piensa cómo está tu dama;
Aunque mal digo no pienses,
No pienses hasta mañana.
Ven donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que más te agrada.
Eres tú sol, sola Fénix
Es ella, y en tí se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solas, si en venir te tardas.—

ANÓNIMO.

VIII

ROMANCES DEL ESPAÑOL DE ORAN.

I

Servia en Orán al Rey
Un español con dos lanzas
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos;
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que, en los brazos de su dama,
Oyó el militar estruendo
De las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para:

No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lagrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
—Salid al campo señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos, campo de batalla.
Vestíos, salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Y os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.—
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así:—Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla, y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato, en vuestro nombre
Y en vuestro nombre combata.—

II

De pechos en la ventana
Y los ojos en la calle
Mira la bella africana
Por donde su español sale,
Y aunque desnuda en camisa
No teme ofensas del aire,
Que está vestida de amor
Con invencibles señales.
Hace plaza de sus pechos,
Y hacer tal plaza le place,
Pues la plaza de sus ojos
Le lleva do la desplace.
Con la luna divisaba
Entre muchos á su amante,
Que ántes de salir con órden
Hacen entre ellos alarde:
Y perdiéndole de vista
Sacó el cuello por miralle,
El cual rindiendo al amor
Hizo entre ellos vasallaje.
Diciendo:—Luz de mis ojos,
¿Dónde te llevan? ¿do sales?
Que en salir de mi presencia
Marte de su quicio sale.
No pudo ser sí soborno
El que movió á los Alarbes
Venir en tal dulce noche;

¡Mas no hay dulce que no amargue!
No me temo que me dejes,
Mas temo de algun desastre,
Que al fin desastrada suerte
Acontece en casos tales.
Vestísteste armas de acero,
Gola, peto, espada y guante,
Adarga, lanza y caballo,
Almete, cinta y plumaje,
Espada y daga dorada
Con borceguí y acicate,
Sin cuello, venda ni liga,
Que es adorno de galanes.
Si estando al amor sujeto
No pagas lo que firmaste,
¿Cómo sin firma á la guerra
Pagas sin ejecutarte?
No te llamó el general,
Mas tú vas ántes que llame,
Porque aquel es buen soldado
El que acude sin llamarle.
Si tan bien corres ginetes
Como corrida dejaste
A quien corrida de tantos
Tú, sin correr alcanzaste;
Si tanto sientes mi ausencia
Como sentiste el son grave,
El cual fué causa, mi bien,
Que te fuiste y me dejaste,
No dudo de verte libre
Y con victorioso lance,

Aunque en batalla de amor
Te hayas mostrado cobarde.—
Con esto pasó la noche
Y ántes que Febo asomase
Se volvió la gente á Orán,
Y ella olvidó los pesares.

III

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo, lo verde,
Aquel español de Orán,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien cenetes.
En el lijero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español

De ver, cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarse obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface de esta suerte.
—Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta,
Por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves, el año
Que os perdísteis en los Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco matasiete.
En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes.
Despues que murió mi padre,
Corsario de tres bajeles,
Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses,

Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles;
Hija al fin de estas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió en nuestros corazones
Con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Miéntras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme:
¡Mira si es razon, que llore
Tantos males juntamente!—
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,

Que paren sus males quiere.
—¡Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas
Dichosamente padeces!
¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por robo
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas,
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas,
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus piés ofrece,
—Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas mas en librarme
Que ganaste con prenderme,
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre,

Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes,
Apénas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste.
¡Mira si es bien que lamente!—

LUIS DE GÓNGORA.

IX

ROMANCES DE AZARQUE EL DE OCAÑA.

I

El rey Marruecos un dia
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba cómo los rayos
Del sol hacian en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salian
Por entre flores y plantas
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en Compañía

Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenámar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba.
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,
Que sujeta la tenia
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
«Jamás me será voltaria,
»¿Quién se teme de la vuelta
»De tan hermosa contraria?»
Abenámar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
«Más merece quien me manda»

Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazon tocaban
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
No se teme la mudanza
En los que en igual padecen,
»Y se pagan con dos almas».
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas que lo entendieron,
Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey, que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,

Viendo el hecho y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,
El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenámar
En lugar de meter paz
Metieron mayor cizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El Rey, que solo se vió,
Procuró dejar las armas:
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fuése á su Ocaña.

II

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,

Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La mas ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradíes,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizarría y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron pues los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
«A todo el mundo avasalla.»
Los Audallas les siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido

En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
«Favorezco á quien me ensalza.»
Salieron los Sarracinos,
Que más estos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medallas.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
«Este, y otros mil que haya.»
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
«No osará nadie miralla.»
Luégo vienen los Azarques
Que á los demás avasallan,
Arrogantes más que todos,
Con las marlotas de gualdas
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol.
Que al mediodia llegaba;
La letra que lleva dice:
¡Disparate es comparalla!

Cuando ella le vido entrar
De su asiento se levanta;
Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
—Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demás
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey
Con los caballeros habla:
—Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan.—
Luégo la fiesta se vuelve
En una fiera batalla;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

III

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.

Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, Rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares:
En las adargas traian
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un baston

En que dice: «Fuerzas valen.»
Los ocho Azarques siguieron
Más que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes
Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira
De mitad del vulgo sale
Un gritar:—Alá te guie;—
Y del Rey, un—muera, dadle.—
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rocialle

Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó:—Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y lijeros
A prender al moro salen;
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante,»
Las otras dos resistian,
Si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Deshácense los corrillos,
Y su motin se deshace:
«Que no hay quien baste

»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcon queria
Para librarlo arrojarse:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo:—Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celinda:—Digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros dias
Te llamaban los Alarbes
Venganza de aleves pechos,
Y hoy lo ha sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance;—
Y sin que dijese más
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»

IV

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente pues que vive,
Jurando está por su amor
Y por la espada que ciñe,
Do tiene en la guarnicion
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tíber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
—¡Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿quién te escribe?
¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo
Hechas de ámbar y de almizcle,
Unas cuentas me entregaste

Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
»Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine;
A mí me abrasan los celos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices
Que tan infame bajeza
De tu valor no imagine,
Y que tu esquiva arrogancia
Y tu condicion terrible,
Apénas le vencen reyes,
Cuanto mas hombres humildes;
Porque la madre de amor
Cuando se holgaba allá en Chipre,

Si tu consejo tomara
No la infamaran ruines.
¡El tiempo lo trueca todo!
¡Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves! —

V

El eco de las razones
Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y más cuando el corazon
Sirve de espía doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fé firme y sobrada
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasion
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;
Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice envuelta en mil congojas
Mil amorosas palabras:
—Bien sé, Azarque, que dirás

A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa;
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras:
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Sino es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasion causa.
Pero si el rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si seria forzoso
Partirse sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te dí
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito
Con una ingrata mudanza;

¡Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazon y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambras,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pídote Azarque, que hagas
Prueba de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para más desengaño
Te he de labrar una manga
De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
«Aunque está cautivo el cuerpo,
»Está firme la esperanza.»
Con esto se entró la mora
Desde el balcon á la sala,
Porque entendió que venía
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

VI.

Azarque vive en Ocaña
Desterrado de Toledo,
Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
—Por alzarte con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedí corona y cetro;
Que de un abuelo traidor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genízaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,

Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel!
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos mios,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey,
Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mí
Para echarle de sus reinos.—

VII

Azarque, indignado y fiero
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra, rasga,
Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas

De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celoso las desbarata.
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenábar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:
«Si como damasco vistes,
»Vistes jacerina y malla;
»Si al campo vas tan furioso,
»Como galan á las zambras;
»Si como al blando Cupido
»Al terrible Marte tratas;
»Si escaramuzas de véras,
»Como de burlas te ensayas,
»Mañana á las diez del dia
»Quiero verlo en la campaña.
»¡ Y agradécelo, Albayaldos,
»Que vives hasta mañana!
»Salga Zulema contigo,
»Que pues los dos á mi dama
»La engañásteis por el Rey,
»De los dos quiero venganza:
»Y aun de él tomalla pretendo

»Porque el ardor de mi saña
»Irá envuelto en mis suspiros
»A poner fuego en su alcázar.
»Mil promesas la hicísteis,
»Y despues mil amenazas;
»Dulces ofertas tras esto,
»Y despues fuerza tirana.
»Mil halagos y dulzuras,
»Engaños y quejas falsas;
»Y engaños y quejas viles
»Vengaré sin más palabras.
»¿Caballeros sois vosotros?
»No sois sino vil canalla,
»Pues por afrentosos medios
»Procurais vuestra privanza.
»¿Qué agravio mi alma os hizo
»Que agraviais asi mi alma?
»¿La mora que estaba en ella
»Tanto os costaba dejarla?
»Si fuerza de amores vuestros
»A perseguirla os forzara,
»Yo que sé que es fuerza amor,
»Yo sé que os la perdonara;
»Pero por ser tercería
»De fementidas entrañas,
»Me pagarán vuestras vidas
»La muerte de mi esperanza.
»¡Ay mora fácil, ay mora!
»¡Y como en doradas cuadras
»Y bien trazados jardines
»Mil traidores te regalan!

»¡Ay que présto te vencieron!
»¡Qué presto los gustos pasan!
»¡Qué poco vale la fé,
»Si quien la dió no la guarda!
»¡Cuánto mejor le estuviera
»A mi dicha y á tu fama
»Ser nuevo ejemplo de amor
»A la morisma de España!
»¡Qué bien pareciera en ti
»Despreciar promesas falsas!
»¡Y qué bien manchar tu lecho
»Con muerte y no con infamia,
»Si te quitaran la vida,
»Y el honor no te quitaran!
»¿Mas que dije? Vive, amiga,
»Sin honor y con mudanza,
»Verás que guarda mi pecho,
»Con mil agravios de guarda,
»Las cenizas de tu olvido,
»Y de mi querer las brasas.
»Verás trocadas las suertes,
»Yo quejoso y tú olvidada:
»Tú finalmente mujer,
»Hombre yo, que el nombre basta.»
Con esto firmó su reto,
En que su combate aplaza:
A Zulema se lo envía,
Y él se apercibe á batalla.

VIII

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y aun apénas la hubo leido
Cuando á buscalle se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque,
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,
Sino lanzas penetrantes.
Con que he horadado más pechos

Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamás le envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo lo solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.
A las diez del dia dices
Que contra á mí al campo sales:

¡Pésame porque me alargas
Tanto el plazo de matarte!
Pero no verás el dia
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrases;
Mas palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire —
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

IX

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traian;

Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los ginetes que el moro
Tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo:—Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
—La vida de mis mayores,
Que representa mi estátua,
Mis proezas por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo más eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamás osaron mirallas.

Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tiñeran,
No del tablado las gradas.
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darme eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta!
¿No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia?
¿A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya?
¿A las vuestras no muriera
Sin pregones más honrada?
¿Cómo es que no me entendeis?... —
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y al pregonero avisaban
Gritase: «Esta es la justicia
»Que nuestro Rey hacer manda
»Al moro Azarque, traidor
»Contra su corona sacra »
—¿Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma?
Por hacer lisonja al Rey
¡Tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon

X

ROMANCES DEL ASALTO DE BAZA.

Arriba, gritaban todos
los que dan asalto á Baza,
Con el valiente Lisardo
Que con mil moros la asalta.
Cuando el pié en la escala pone,
Como amor le mueve el alma,
Por decir viva su Rey,
Dijo al subir de la escala:
«Viva Lisarda, viva:»
Mas luégo vuelve y dice:
«Arriba, arriba.»
Pesa más su pensamiento
Que el acero de sus armas:
Son más altas sus memorias
Que las almenas más altas.
Dió la lengua á su deseo
Como el deseo le manda,
Y dijo á vuelta de aquellos
Que á sus espaldas gritaban:
«Viva Lisarda, etc.»
¡Pero qué mucho que el moro,
Si vive con la esperanza,
De que su Lisarda viva,
Pida que viva Lisarda!

Señal que en el corazon
No hay voz que pueda alcanzalla;
Con sus ansias sus memorias,
Y así publican sus ansias;
«Viva Lisarda, etc.»
Como era viva la voz,
Pensó que al cielo llegaba,
Al cielo de la que adora,
Que por su cielo la llama:
Piensa que á Lisarda aspira,
Y no que asaltaba á Baza,
y en medio de esta victoria
Así publica en voz alta:
«Viva Lisarda, etc.»

ANÓNIMO.

XI

ROMANCES DE BRAVONEL, DE ZARAGOZA.

I

Bravonel de Zaragoza
Al Rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla ó Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadalara,

Camarera de la Reina,
Y del Rey querida ingrata
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un mártes por la mañana.
Alegre amanece el dia,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Marlotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los Reyes aguardan;
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravonel y á su gala,
Y la Reina con ser Reina
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan;
¡Mas muchas se van con él
Que no es posible parallas!
No lleva plumas el moro,
Que como de véras ama,
Juró de no componerse
De plumas ni de palabras.
En la adarga berberisca

Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada
Lleva una Muerte partida
Que juntarse procuraba,
Con un letrero que dice:
«No podrás hasta que parta.»
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba;
Hace á las damas mesura,
Levantádose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadalara,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya,
Suplicó la Reina al Rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el Rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadalara,
Pues es mártes, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

II

Avisaron á los Reyes
Que ya las nueve eran dadas,
Y que Bravonel pedia
Licencia para su zambra.

Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas;
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadalara.
De la cuadra de la Reina
Iban saliendo las damas,
Guadalara viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y tambien en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde,
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
«Todas son para el que calla.»
Azarque, primo del Rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor

De sus encubiertas ansias,
Traia en un cielo azul
Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
«Cometa celos quien ama.»
Záfiro por Adalifa,
Un tiempo su apasionada,
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa,
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así:
«¡Tal me puso una mudanza!»
Guadalara y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar
De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
Y mucho el amor se ensalza,
En ver que allanan sus flechas
A las majestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
Sobre no sé qué, palabras...
Sí, lo supe; celos fuéron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al Rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre celos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

III

Despues que en el mártes triste
Mostró alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadalara.
No quiere ver ni ser vista
Despues que Bravonel falta,
Ni mostrar el rostro alegre,
Porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
De la noche de la zambra,
Fin de toda su alegría,
Y principio de sus ansias
Acuérdase de la empresa
Que su Bravonel llevaba,
Y suspirando decia:
«¡Todas son para el que calla!»
Procura encubrir su pena,
No quiere comunicalla,
Porque no pierda la fuerza
El dolor que el alma pasa:
No advierte cuán mal se encubre
El fuego que el alma abrasa
Porque el fuego ha de salir
Por los ojos del que calla.
Crecen celos y sospechas,
Y con ausencia tan larga
Está cierta de que quiere,

Dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
Presentes males la causan,
Esperanzas la entretienen,
Desconfianzas la acaban.
Dobla el llanto por el Rey
Mandó á los guarda-damas,
Que no consientan que escriba
A Bravonel Guadalara,
Creyendo que larga ausencia
Causará en ella mudanza,
Y que así le vendria á ser
Agradecida su ingrata.
Para alivio de su pena,
No pudiendo escribir carta,
Pensando en su Bravonel,
Pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
Color que á tristes agrada,
Mostrando firmeza y pena
Una alta peña labraba,
Desde donde nace un rio
Que un prado marchito baña,
Y en lengua mora esta letra:
«Muy mayor es Guadalara.»
Con esto pasa la vida
Que es la muerte desastrada,
Hasta ver á Bravonel
Que es de sus penas la causa.

IV.

Alojó su compañía
En Tudela de Navarra,
Bravonel de Zaragoza
Que va caminando á Francia.
Con sus mansas hondas Ebro
Parecia que llamaba
A la esquina de un jardin,
Frontero de su ventana.
El moro finge que son
Amigos que le avisaban,
Que pasan á Zaragoza
Y que vea si algo manda.
—¡Amadas ondas! las dice,
De vosotras fio el alma,
Y estas lágrimas os fio;
Si no son muchas, llevaldas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosías
Clavellinas y albahacas:
Allí me cumple que todas
Gritando mostrais las ansias
De este capitan de agravios
Que va caminando á Francia.
Y si por dicha saliere
A miraros Guadalara,
Procurad que entre vosotras

Vea mis lágrimas caras...
Mal he dicho: no las vea
Que me corro de llorarlas;
Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama;
Afuera enredos de amor,
Que me embarazais las armas.—
Tras esto oyó que á marchar
Tañen trompetas bastardas,
Y que aguardan sus ginetes,
Le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida Muerte
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponia,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en árabigo una letra:
«Para la vuelta de Francia.»
Alegróse Bravonel,
Y en un overo cabalga,
Diciendo:—¡Para la vuelta
No es un mundo mucha paga!—

V

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,

Hijo de Celin Gomel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada,
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran Alfaquí,
Consiller del Rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en guardia
Gobernando el señorío
Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luégo despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
A pretender que su padre
Le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así aunque es moro gallardo
Desiste de la demanda,
Mas no de rendir con tino
A Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel

É impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre, pues la esperanza,
Que es mensajera del tiempo
Y espera, traerá bonanza.
Del Océano las olas
Rompe para irse á su pátria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato, y le habla,
Dice—¡Trasunto de aquella
Mora, que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambras!—
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral entre ambas partes,
Tan altiva, cuánto dama.

VI

A las sombras de un laurel
Junto de una fuente clara,
Do vertia sus cristales
En una negra pizarra;

En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardin do tenia
El Rey Marsillo á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadalara,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa.
En arábigo le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya.
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta, turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma·
El rio, contra costumbre,
Y las aguas luégo paran
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla.
Mira la mora el misterio
De las aguas y descansa:
—¡Amadas ondas, les dice,
Del corazon y del alma!
Aunque mudas por las señas
Me descubrís á la clara,
Que visteis á Bravonel

En Tudela de Navarra.
¿Decisme que quedó triste?
¡Más triste quedó mi alma,
Pues de dia no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el mártes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba!—
En esto llegó la Reina
Y el Rey, con todas sus damas;
Y viendo en tierra un papel
Para alcanzarlo se abaja.
Leyóle el Rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
Dejó el rio Guadalara,
Mas no pudo ser tan bien
Que el Rey no la sintió, y calla.

VII

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra,
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,

Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el verla tiene por paga;
Y puesto junto á un balcon,
Hecho de verjas de plata,
Sólo por los ojos negros
Reconoce á Guadalara;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadalara muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos
Con lenguas de amor se hablan.

ANÓNIMO.

XII

ROMANCES DE CEGRÍ.

I

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Habia una cueva oscura
Labrada por un salvaje,
Valiente moro Cegrí,
Señor de los Alijares,
Y salvaje por desdenes
De una dama Bencerraje.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues, en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su leon no sabe:
Hundia el aire con quejas,
Y luégo rompiendo el aire
A sus querencias volvia
Bramando porque bramasen
Mas como en guerra de celos
El más fuerte ménos vale,

Pensando que no es querida
Viva pena y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
—¡Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces.
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra más brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y traje.
Sola una merced te pido:
Que si á Granada llegare
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.—

II

En un aposento oscuro,
El más de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un dia por la mañana,
Cegrí, dicho el Montañés,
Por nacer en la Alpujarra,
La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba,
Que ha puesto para ir á ver

A la hermosa Belisarda,
Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo ansi hablaba:
¿Adónde vas, atrevido?
¿Adónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?
Dos mil veces replicaba.
Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
«Señora, el dejar de veros
»No es porque me falta gana,
»Sino por no dar disgusto
»A quien mi disgusto causa,
»Porque tu gusto no pierda
»Lo mucho que el mio gana;
»En no verte pierdo mucho;
»Mas no pierdo, que tú ganas.
»Perdona, señora mia,
»Las pesadumbres pasadas,
»Que pues las causó locura,
»Bien me disculpa ignorancia.
»A mis importunaciones
»Tambien has dado tú causa,
»Dándome tales favores,
»Que el menor de ellos bastaba

»Para poder competir
»Con el mejor de Granada.
»Tú, mi señora, me diste
»Grandísimas esperanzas
»De mejorar los favores
»Que agora van á la larga.
»Pensé que fuera subiendo
»Como quien sube por gradas;
»Mas pensando ganar tierra
»Voy perdiendo la ganada.
»Los favores que me das,
»Si es que te salen del alma,
»No hay á qué los comparar,
»Pues pensarlo pone calma:
»Mas si son por cumplimiento
»Suplícote no los hagas
»Pues son dineros de duende
»Que en sombra se desbaratan;
»Cuartos que llaman de fraile,
»Que en el mercado no pasan;
»Pesas que por no ser justas
»Están del rollo colgadas;
»Obras hechas en pecado,
»Que no aprovechan al alma;
»Son obispados de anillo
»Cuya renta no se paga;
»Voz de guitarra sin cuerdas,
»Fuerzas de cuerpo sin alma,
»El beso y la paz de Júdas,
»Cartas y escrituras falsas.

»Yo, para decir verdad,
»Harto dudo si me engañas:
»Veo señales de amor,
«Pero tibias y aun heladas,
»Que por mas que estoy sin verte
»Nunca veo que me llamas:
»Cuando de tí me despido
»Nunca me dices aguarda:
»Si al cuello te hecho los brazos
»Los quitas y desenlazas;
»Si llego mi rostro al tuyo,
»El tuyo muy presto apartas,
»Y por mas que te lo ruego
»Nunca quieres ver mi cara:
»Haces reparo á mis manos
»Las veces que se desmandan:
»Todas estas son señales
»De voluntad no muy sana.
»Con todo aquesto, señora,
»Te quiero ir á ver mañana:
»Será para darte gusto,
»Porque le tendrias sin falta,
»Que aunque al entrar no lo tengas,
»Tendráslo cuando me salga;
»Si dijeres: Mal venido;
»Dirás: Norabuena vayas.
»Diciéndote estas sospechas
»Tú me has dicho que son falsas,
»Y que por no agradecellas
»Pongo á tus favores tachas;
»Y esto en buen romance es

»Persuadirme que me amas:
»Si es así, y me das lo mas,
»¿Cómo en lo ménos reparas?
»Yo me daré por vencido
»Con la vista de mañana,
»Si entónces viere que estás
»Corregida y enmendada.
»Sé larga en lo que nos resta
»Si hasta aquí no fuíste larga:
»Si del secreto recelas
»Harán que le haya mis trazas
»Que habiéndotelas yo dicho
»No te han parecido malas.
»¡Pero harto malas son
»Si no han de servir de nada!
»Ya sabes que en el secreto
»Nadie en el mundo me iguala.
»Con esto solo concluyo,
»Con que doy fin á mi carta;
»Que si el favor que me díste,
»Le diste de buena gana,
»No habrá cosa que me niegues,
»Pues es verdad apurada,
»Que es fácil ganar la villa,
»La fortaleza ganada.»
Habiendo la carta escrito
La cierra; y para envialla
Llamó un paje que la lleve;
Mas recélase de dalla,
Que para cosa tan grave
Ninguno hay de confianza:

Ni al flaco papel se atreve
Cargar carga tan pesada:
Envolvióla en un papel
Y en su escritorio la guarda.

III

Al venturoso Cegrí,
La Hermosa Celindaja,
Con más lágrimas que letras
Está escribiendo una carta.
Soberbio es el sobrescrito,
Que es soberbia su esperanza.
«Al ídolo de mi gusto,
»Tan al justo de mi alma,
»Si temo viéndote ausente,
»No te admires, prenda cara,
»Porque este monstruo de ausencia
»Pare imposibles mudanzas;
»Y más tú, olvidado moro,
»Que con encomiendas flacas
»Sabes hacerte tan fuerte
»Que borras memorias hartas.
»Hablo, amigo, de esperiencia,
»Que conozco tus ventajas,
»Y temo propias sospechas
»Cuando á ajenas tierras vayas.
»Tu descuido me promete
»Cuidado por nueva causa;

Con arrogancia y denuedo
El moro le habló al cristiano
Diciendo:—Saber quisiera
De que rey eres vasallo,
Porque sólo en haberte visto
Te estoy tan aficionado,
Que por sola tu amistad
Casi me hiciera cristiano.—
No quiso el aventurero
Dejar de ser cortesano,
Y dícele al moro:—Soy
De la nacion lusitano,
Y del Rey D. Juan Segundo
Soy y seré su vasallo.
Soy D. Francisco de Almeida,
En mi patria bien nombrado,
Y codicioso de honra,
La quietud menospreciando,
Vine á servir á los Reyes
Isabel y D. Fernando.—
—Agora digo que eres
De algun linaje villano,
Y que por no ser cual muestras
Te has venido desterrado;
Pues dejas tu propio rey
Por servir al que es extraño,
Que si por honra lo haces,
En Africa tiene campo.—
No quisiera responder
A tus razones, pagano;
Y si doy respuesta, es

Por dar á tu yerro el pago.—
Apártase el sarraceno,
Y tambien el lusitano,
Para tomar de la vega
Lo que les es necesario;
Y cual hambrientos leones
Vuelven ligeros picando
Los acicates aprisa
Y las lanzas enristrando.
El cristiano quitó al moro
De la cabeza el tocado,
Y el moro dió en el escudo
Descomponiendo el retrato,
Que fué causa que volvió
El gallardo lusitano
Tan presto, y furioso al moro,
Que ántes de ser amparado,
Con la adarga le partió
El hombro y derecho brazo;
Y cortando la cabeza
La llevó al Rey Don Fernando,
Y cual se lo tuvo en mucho,
Y díjole:—Hidalgo honrado,
Pedid cumplidas mercedes,
Que todo os será otorgado.—

ANÓNIMO.

Más por lo que tú te sabes,
Que por hallarte en las fiestas;
Si acaso jugares cañas,
Para que saques por letra,
Tres sinrazones te escribo,
Si hay quien escribirlas pueda.
Hoy te vas, ayer viniste,
Como si venido hubieras
A engañarme solamente,
Pues me engañas y me dejas.
Dices que vas á jugar,
Yo creo que siempre juegas;
Lo que ganas, tú lo sabes,
Lo que pierdes, es sin cuenta.
Granjeas el ofender,
Que el engañarme es ofensa:
Si se pierde en consentirla,
Se pierde más en hacerla.
Engáñasme con decir
Que á las fiestas vas por fuerza:
¡Si algo supieras de amor,
Yo sé que por fuerza fueras!
Dos moras allí te aguardan,
Que cada cual de ellas piensa
Que sola te da cuidado,
Y que solo vas á vella.
Yo vine solo á saber,
Para que por todas sienta,
Que me desengañes presto,
Y que te debo más que ellas.
No puedes satisfacerme,

Aunque poderoso en rentas,
Que un alma de firme fé
Más que el mundo vale y pesa:
Sólo pudieras pagarme
Con dejarme en recompensa
La tuya que está en mil partes
Hecha piezas, y en tí entera.
He venido solo á ser,
A donde de nuevo pruebas
El hacer nuevos engaños
Para sinrazones nuevas.
Véngueme el cielo de tí,
Que si el cielo no me venga,
Tienes mil almas hurtadas,
Y no bastará la tierra.
Plegue á Alá que en el camino
Nunca su sol te amanezca,
Y que la luna se esconda
Para que el camino pierdas:
Que tropiece tu caballo,
Y tus espuelas se pierdan,
Que el caballo mas brioso
No caminará sin ellas;
Y que si no se perdieren,
Cuando le piques, no sienta.
Y que los pasos que diere,
Todos hácia atrás se vuelvan:
Si te defiende la noche
Que la noche es tu defensa,
Por ser gran madre de engaños,
Y abrir á los tuyos puertas;

Cuando á la vista llegares
De aquellas dos moras bellas;
Conózcante el alma falsa,
Y búrlense y no te crean.
Menospréciente por otro
Que de casta infame sea,
Que si te dejan por otro,
No dirán que te desprecian:
Y si en las fiestas entrares,
Se vuelvan las burlas véras,
Y tu adarga sea de vidrio,
Y el brazo de blanda cera;
Y entre las lijeras cañas
Te arrojen lanzas secretas
Que el corazon te atraviesen,
Porque como matas mueras.

III

«¡Diamante falso y fingido,
Engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es más!
¡Lijero como los vientos.
Mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural!
¡Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian

Para culpar tu maldad:
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar;
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
A todas dices que son
Las que contento se dan,
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad;
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes
Para que te deba mas.
¡Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian,
Adonde tus flechas van!
Yo sé, traidor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa ajena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
Porque al fin conoces ya
Que cuando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fuéron
Causa de todo mi mal;

Y celos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.»
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan,
En el jardin del Alhambra
Al pié de un verde arrayan.
El moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano,
Y así la comienza hablar:
—Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal;
Y no penseis que me agravio
De injurias que me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

IV

De léjos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,

Y en todas partes la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro,
A la bella ciudad habla:
—¡Ay Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada,
Y ser más largo de lengua
Que de ventura y de lanza,
Pues dí con loca osadia
A mi Rey la fé y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta!
Hallo ahora mi persona
A lo imposible obligada,
Pues es más cierto el perderme,
Que darte á mi Rey ganada:
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada,
Quien presto se determina,
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi suerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen,
O he de salir de Granada;

Y es lo que más me lastima,
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.—
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte,
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro de ella estaban;
Y que en pérdida tan cierta,
O en tan dudosa ganancia,
La más segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

V

Resuelto ya Reduan
De haceer su palabra buena,
Arremete hácia Jaen
Una mañana serena,
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena,
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un lijero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta

De una lanza como entena,
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna,
Que al fin cumple lo que ordena.
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena,
Que dió muerte á Reduan,
Y á Jaen sacó de pena:
Y miéntras del cuerpo el alma
Se aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable,
Tendido en la seca arena:
«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, más no entre cristianos,
Sino en parte dó tus manos
Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida,
Que si de esta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Yo no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar,
Por á Jaen no ganar,
Sino por sólo perderte:
Y aun tomo, que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,

Y estimará más ganarte,
Que ganar dos mil Jaenes.
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego,
Que esté mas fuerte á su ruego,
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos,
Te aguardo, mi Lindaraja.»

ANÓNIMO.

XV

ROMANCE DE HOMAR, LUSITANO.

El gallardo moro Homar
Que en Africa residia,
Ilustre en sangre y nobleza,
Y aunque villano en la dicha,
No en villanas pretensiones,
Puesto que amaba y servia
Con vida, hacienda y persona
A la bella mora Ziza,
A quien el incauto moro
Muy muchas veces decia,
Que allá en la fuente de Almeida

Vaya para hablarle un dia.
A esto responde la mora:
—¡Ay Homar de mi alma y vida!
¡Cómo me mandas que vaya
A ser dos veces cautiva,
Una de tí, y luego otra
De ese capitan de Arcilla,
A quien no se escapa moro,
Ni mora que no cautiva,
Porque es Marte en el valor
Y Ulises en maestrías!—
La mora cumple su ruego
Despues de larga porfía;
Pero aun no hubo bien llegado
Do su muerte está vecina,
Cuando salió el lusitano
De do emboscado yacia,
Y cautivando la mora,
Se va la vuelta de Arcilla.
El sarraceno que vió
Cautivo el bien de su vida,
Al capitan humillado
Con humilde voz decia:
—Suplícote si algun tiempo
Tuviste en amor desdicha,
Permitas que pueda hablar
Con la que llevas cautiva.—
Concedida la licencia,
El moro así habla á Ziza:
—Yo te juro dulce esposa,
Por Pluton y Proserpina,

De librarte, ó morir ántes
De media luna cumplida.—
La mora triste y llorosa
Al gallardo moro mira,
Diciéndole:—Ya es tarde
Para seguir tu porfía,
Y pues tan tarde viniste,
Vuelve, moro, á tu alcaidía,
Y procúrala guardar
Mejor que guardaste á Ziza.—
Corrido y avergonzado
El moro se alzó en la silla,
Y cubierto de su adarga
Arremete en balde, aprisa,
Contra la segura gente,
Más allí perdió la vida.
La desconsolada mora
Junto del cuerpo tendida
De su mal logrado amante,
Con triste canto decia:
—Rompa mi blanco pecho
Este puñal agudo,
Pues mi desdicha pudo
Sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
Es bien que le acompañe
En triste sepúltura,
El mio sin ventura,
Y que la tierra con mi sangre bañe.
Sirva de aviso eterno
Este mi triste amor y desvarío,
Que sí será, y yo fio.

Miéntras hubiere estío y frio invierno.
Arranquen mis entrañas
Las aves carniceras,
Tambien las bestias fieras
Naturales y extrañas,
Quedando solo el nombre
De los dos que murieron;
Porque bien se quisieron
Dignos de eterna fama y de renombre.—
Pesaroso el capitan
Por ver la presa perdida,
Se recogió con su gente
Para su fuerza de Arcilla.
Y porque en memoria fuese
Puso en mármol esculpída
Esta lamentable historia
Del moro Homar y de Ziza.

ANÓNIMO.

XVI

ROMANCES DEL VIEJO REDUAN.

I

Desde un alto mirador
Estaba Arselia mirando

Las cristalinas corrientes
Del sacro y dorado Tajo.
A veces miraba el agua,
Otras la tierra y el campo,
Otras pensaba en las cosas
Que le daban más cuidado.
No está pensando la mora
En el cortesano trato,
Porque tiene el pensamiento
En un príncipe aldeano,
Que en las riberas del Tórmes
Es noble alcaide afamado,
Aunque no sigue la córte
De Almanzor, rey toledano.
En amorosas pasiones
Tiene el sentido ocupado,
Cuando llegó, aunque de léjos,
A vista de su palacio
El anciano Reduan
En un ruano caballo;
Viejo alcaide, y no bellido,
Gallardo y enamorado;
Y como reparó el moro
El mirador ocupado
De un resplandeciente sol,
Quedó suspenso y mirando.
Procura disimular
El anciano enamorado
El gran fuego que le enciende
Su caduco pecho helado.
Paséase haciendo piernas,

Muy á lo disimulado;
Pero viéndole la mora,
Le dice con pecho airado:
—¡Ay moro, cómo me cansas!
¡Cómo me tiene cansado
El sufrimiento el pensar
Que estés por mí amartelado!
¿No reparas que ya tienes
La barba y cabello cano,
Grande calva y poco pelo,
Y que te tiemblan las manos?
¡Qué poco duelo que tienes
De mis florecientes años,
Pues quiéres se compadézcan
Con tu vejez y otros daños!—
El moro bien entendió
Casi todo lo que ha hablado,
A lo cual respondió:—El sol
Todo lo tiene á su mando;
Y como á este te pareces
Le das calor á mis años,
Y haces al helado pecho
Altivo, feroz, lozano.—
Mostró, al volver, una letra
Sobre un capellar dorado,
Que dice: «Pues que me atrevo,
»Algo puedo y algo valgo».
En el adarga traia
Un sol con ardientes rayos,
Y por orla aquesta letra:
«Sin duda dos soles hallo;»

Pero viendo que la mora
Con tal desden le ha mirado,
Encubrió el sol de la adarga
Con un almaizar pajado,
Diciendo:—Pues se anubló
Mi sol, quiero esté tapado
El que pintado traia,
Del que es natural sacado.—
Con esto el moro se vuelve,
Y la mora se ha tornado
A ocuparse de principio
En los primeros cuidados.

II

Rendido está Reduan
Por amores de Xarifa;
Todo es espadas de noche,
Y todo galas de dia.
De los vientos tiene celos,
Y del mismo sol envidia;
Porque se entran sin licencía
Y la tocan, y la miran.
Las flores de los jardines,
Porque la agradan, las pisa:
Hasta en el son de las aves
Le causan melancolía.
Cuando de su casa sale
Jamás la pierda de vista:
¡Ay del moro que se para

Cuando el sombrero le quita!
Muchas veces en el año
A Granada regocija
Con toros, cañas y zambras,
Motes, letras y divisas.
Hasta las piedras le temen
De la calle donde habita,
Porque momentos sale
Más fuego de las mas frias.
Los caballos trae cansados
De carreras y corridas,
Y si supieran hablar
Se quejaran de Xarifa:
Los criados piden de ella
A todo el cielo justicia,
Porque comen á las tres,
Y duermen por las esquinas.
Toda la calle le tiembla
Porque en pendencias y riñas
Despedaza las paredes
Y las piedras acuchilla.
Siempre que está en su presencia,
Está como en la mezquita,
Con la misma devocion
Sin bonete y de rodillas.
Cansada Xarifa de esto,
Y de saber que queria
Quitar la vida á Abenámar,
Que era el alma de su vida,
Toda Granada presente,
Desde su balcon un dia

Le dijo de aquesta suerte,
Tan hermosa como altiva:
—Tú no sabes, Reduan,
Que cantas mal y porfías,
Y das voces en desierto,
Y que á quien te abrasa enfrias.
Tu braveza, espada y lanza
A toda Granada admira
Que en una mujer la emplees
Y que nunca se te rinda.
Una flaca condicion
Es la fuerza que conquistas,
Adonde tantos cristianos
Nuestros muros aportillan.
En esos puedes manchar,
El fuerte acero que limpias,
Porque el hierro de tu honra
No ha de ser para la mia.
¿Adónde matas los hombres
Que en mi calle desafías,
Si los huyes cuerpo á cuerpo,
Y los buscas en cuadrillas?
Ya, Reduan, las mujeres
No gustan de valentias,
Que pensamientos honrados,
Y voluntad las obligan.
Lo que no alcanzan Orlandos
Rompiendo robles y encinas,
Unos humildes Medoros,
Huyendo se lo conquistan.
¿Quién te ha dicho á tí que soy

De las armas tan amiga,
Para que dias y noches
Con espadas me persigas?
¡Maldita sea la mujer,
Que á quien le sirve no estima
Miéntras de sangre no tiene
Bañadas las celosías!—
Aquí calló, que ya estaba
De color roja encendida
La cara, que á Reduan
Dejó la suya amarilla,
Furioso pica al caballo,
Y con tal fuerza le pica,
Que estrellándole en el muro,
Le hallaron muerto en la silla.

ANÓNIMO.

XVII

ROMANCE DE HAMETE Y TARTAGONA
EN LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

Bajaba el gallardo Hamete
A las ancas de una yegua
A la bella Tartagona
Hija del fuerte Zulema,
Alcaide que en Archidona
El alto castillo y fuerza

Sustentó treinta y seis años
Sin temor y sin flaqueza.
De noche bajaba el moro.
Por una escusada senda,
Porque la nocturna guarda
Al descender no le sienta,
Y hallándose en lo llano
Lozano Pica la yegua.
Volviendo el rostro á la mora
En el carrillo la besa,
Y la dice:—Diosa mia,
Tuyo soy, mándame y veda,
Que en Granada mil favores
Tengo del Rey y la Reina,
Y de mi prosapia ilustre
Soy el mejor que hay en ella.
Narvaez es buen caballero;
Alcaide fué en Antequera,
Y lo que hizo con Jarifa
Cuando fué su prisionera,
Tambien lo ha de hacer conmigo
Cuando de su voluntad sea,
Pero al fin al virtuoso
Respetalle, es honra nuestra.—
Vuelve las riendas el moro
A do le guía su estrella,
Y al pié de una alta roca
Rodeada de mil yedras
Quiere que la yegua pazca
Y el amor tienda sus velas.
En esto vido venir

Muy numerosa caterva
De famosos salteadores
Que pasaban de setenta.
Todos le acometen juntos,
Como canes á la cierva,
Por quitar la vida al moro,
Y el honor á la doncella.
En pié se pone, y levanta,
Y entre todos hace rueda.
¡Cuán bien jugaba una punta!
¡Cuál pierna ó brazo cercena!
¡Oh cuán bien que dilataba
El moro su muerte cierta!
Mas una piedra sin ruido
Se le escondió en la cabeza,
Quitando el aliento al cuerpo,
Y al brazo la fortaleza.
Desque la dama se vido
En poder de gente ajena
No hay dolor que llegue al suyo,
Pena que llegue á su pena.
Cabellos que al sol dorado
No le hacen diferencia,
Ya no precia el oro fino
Que al blanco cuello rodea.
Cogió la espada del muerto
Que la hallara entre la yerba,
Cogiérala por la punta,
De pechos se echó sobre ella.
Juntó el cuerpo al de su amante,
La cara con una piedra,

Que son los enamorados
De la Vega de Antequera,
Dejando mucho renombre
De otra segunda Lucrecia.
Quien no lo quisiere creer,
Váyase á Ronda la Vieja,
Que allí lo hallará escrito
En lo alto de una peña.

ANÓNIMO.

XVIII

ROMANCES DE MULEY.

I

Los ojos vueltos al cielo
Y el pensamiento en sn alma,
Cercado de mil sospechas
Ingratitud y mudanza,
Celos, temor con engaño,
Embustes, nuevas marañas,
Peligros, muerte segura,
Con tormenta y sin mudanza,
De azul, pardo y amarillo
Una marlota bordada
Cercada de mil trofeos

Entre listones y franjas;
Por descanso un almaizar
Con una borla encarnada
Y en un extremo este mote:
«Mas el descansar me cansa»
Un bonete aceitunado,
Una toca anaranjada,
Que ni es bien desesparado
Ni con perfecta esperanza;
Y del cabo del bonete
Que hasta el hombro izquierdo baja,
Cuelga un precioso joyel
Con una fina esmeralda
Y dos arábigas letras,
Lo que le parece gracia,
Que declare en Aljamía:
«De esperar estoy colgada».
En un morado tahalí
Un alfanje de Tartaria,
La hoja llena de letras,
La guarnicion plateada,
Y en medio de la contera
Un cupido con sus armas
Y en una flecha este mote:
«Al que le defiende mata».
Borceguíes datilados,
Lados y vueltas doradas,
Y en ellos sendos lagartos
Pintados en una playa,
Que como la arena es frágil
Si con los piés pinta ó labra

Pasando más adelante
La cola lo desbarata.
Quiso así significar,
Que cuánto labró en Granada
La cola de un desengaño
Le destruyó sus pisadas,
Salió el gallardo Muley
De la fuerza del Alhambra
Maldiciendo su ventura
Porque le dejó Albenzayda.

II

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora
Donde el amor le encamina
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besándole mil veces
A decille así principia:
«¡Oh tesoro de mis males,
»Y de mis querellas mina!
»¿Es posible que tus manos
»Contra mi pecho se inclinan?
»Acuérdate de las flores
»Que cogí en Guadelmedina,
»Y que en presencia y ausencia
»Muley ante tí se inclina.
»Ablanda ya el corazon

»De esmeralda diamantina,
»Y no pienses que en desdenes
»Tu falsa aficion se afina.
»Buscando voy tu calor,
»Como la fiel golondrina,
»Que se va huyendo del golpe
»De la furiosa marina:
»Que porque me viste hablar
»En la zambra con Cevina,
»Quisiste contra tu fama
»Ser á tu gusto divina.
»No uses de los dobleces
»Que usó la cauta Armelina:
»Mira que mi pensamiento
»A pensar en tí no atina.
»Si te hablo, dícesme,
»Que me voy de la bolina;
»Y si te miro callando,
»Eres contra mí malina.
»No sé, mora, qué te hago,
»Pues con furia repentina
»Te defiendes de un rendido
»Con escudo y jacerina.»
Con esto llegó á un arroyo
De una fuente cristalina,
Y á la sombra de un nogal
Su lacio cuerpo reclina.

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02722 7357

DO NOT REMOVE
OR
MUTILATE CARD